
Juan José García

Doctor en Filosofía por la
Universidad Católica Argentina.
Profesor de Antropología y de Ética
en la Universidad de Montevideo.

Sueño y destino

Las coordenadas del pensamiento antropológico de María Zambrano

Todo el pensamiento de María Zambrano es una reflexión, en diferentes registros, de la "condición humana". Este trabajo comienza con la exposición de lo que la autora considera el "nacimiento" histórico de la persona hasta su plena manifestación en el Cristianismo. Continúa con lo que podría ser considerado el núcleo de su metafísica de la persona. El hombre debe soñarse, debe anticipar el "argumento" de su vida que no tiene hecha. Por otra parte, todo hombre tiene un destino, que la autora denomina también "vocación", porque es una llamada que se recibe desde arriba y desde las circunstancias históricas. Si el hombre se dejara llevar por una "ensoñación" de su yo al margen de su destino, absolutizaría su sueño avasallando a sus semejantes; y el resultado sería la historia "sacrificial": sacrifica su propia persona y a sus semejantes a un sueño absolutizado. Por el contrario, desde la aceptación del propio destino, que implica el sacrificio de negarse a una ensoñación autárquica, logra la auténtica libertad. De este modo ni se convierte en un personaje de "novelería", ni sustituye su propio rostro por una máscara que anula la transparencia a la que todo hombre no enajenado aspira.

All of María Zambrano's thought is a reflection, in different tones, on the "human condition". This paper begins by showing what she considers the historical "birth" of the person up to its full manifestation in Christianity. It continues with what may be thought of as the core of Zambrano's metaphysics of the person. Man must constantly dream himself, anticipating the "plot" of his life to come. Furthermore, every man has his own destiny, which Zambrano also calls "vocation", because it is a call from above and within the historical circumstances. If man were to allow himself to be carried away by a fanciful dream of himself, unconnected with his destiny, his dream would acquire absolute proportions and would overwhelm his fellow beings; the result would become "sacrificial" history: the sacrifice of his own person and that of his fellow men to an absolutized dream. On the other hand, by accepting his own destiny, with the implied sacrifice of denying an autarchic dream fantasy, man achieves true freedom. Thus, he becomes neither a superficial character, nor does he replace his own face with a mask, thereby cancelling the clarity to which all men who are not alienated aspire.

*En memoria de mi madre,
cuya conversación me descubriría
las claves de María Zambrano*

Presentación

Se cumplen cien años del nacimiento de María Zambrano, el 22 de abril de 1904 en Vélez-Málaga (España). Conocida como discípula de Ortega y Gasset, pronto marca una distancia respecto del maestro, porque considera que su programática “razón vital” acabará en una racionalización –próxima a cierto historicismo– que no sólo explica las aberraciones de la historia, sino que –en alguna medida– las justifica¹.

Al finalizar la Guerra de España, María Zambrano marcha al exilio. Experiencia que marcará profundamente su escritura, signada por lo que al comienzo de su trayectoria llamará “razón poética”², haciendo referencia a un libro de Antonio Machado, *La guerra*. Una razón diametralmente opuesta a la del racionalismo, por la que intentará dar voz al sentir más hondo del hombre, metafóricamente designado por la autora como “las entrañas” –expresión inspirada en el lenguaje popular hispánico, que se refiere con lo “entrañable” a lo medular de la persona, ese núcleo suyo más propio donde se aúnan las dimensiones intelectivas, afectivas y volitivas.

La escritura de María Zambrano, que pretende dar voz a las razones del “corazón”, como fuente primordial y genuina de la persona, adquiere un “pathos” del que resulta un discurso muy próximo a la literatura, por lo recurrente de la metáfora y las alusiones a personajes y obras de la literatura universal, lo mismo que por el continuo recurso a los mitos. No se trata de las peculiares dotes literarias de su estilo –innegables– sino de un modo de escribir adecuado a lo que se pretende explicitar: ese sentir originario de cada ser humano, que es preciso traducir a un lenguaje racionalmente comprensible. De ahí que razón “poética” se pueda entender, sobre todo, como razón “poiética”, “creadora”, que estructura de modo inteligible el sentir de lo puramente vital. En suma, que intenta hacer “entrar en razón” a la vida –para decirlo con palabras de la autora–, sin que ésta resulte privada de su vitalidad más genuina, y sin que tampoco acabe sofocada por la abstracción propia de las “ideas claras y

- 1 Este tema lo he tratado en una comunicación leída en el *IV Encuentro María Zambrano*, realizado en Santiago de Chile en octubre de 2002: “María Zambrano y Ortega: la razón de un rencor”.
- 2 “[...] me duele cuando se olvida que he descubierto o se me ha descubierto tres modos de razón: la razón cotidiana (y esto está reconocido), la razón mediadora, que aparece en el prólogo de *El pensamiento vivo de Séneca*, y la razón poética, que siendo quizá la más generadora aparece en un ensayo llamado ‘Hacia un saber sobre el alma’, que fue publicado en la *Revista de Occidente* y después recogido en un libro con este título, *Hacia un saber sobre el alma*. Ahí está la razón poética ya, pero yo no me daba cuenta. Está también su aparición en un artículo publicado en *Hora de España*, que era una nota sobre un libro del poeta Antonio Machado, al cual él no daba importancia. Eran artículos publicados en la guerra y yo de la guerra no hablaba y así saltó la expresión ‘razón poética’, en forma tal que tuve que darme cuenta.” Ver: ZAMBRANO, María, “A modo de autobiografía”, *Anthropos*, Barcelona, n.o 70-71, Marzo-Abril, 1987, p. 71.

distintas”, adecuadas, quizá, para otros ámbitos del pensamiento que no intenten recoger lo que, metafóricamente, Zambrano denomina “el gemir de las entrañas”.

Los escritos de María Zambrano son una invitación a escuchar lo que está diciendo una voz femenina³, que sugiere mucho más de lo que explícitamente manifiesta, sin ceñirse a razonamientos cuyo objetivo sea la precisión. Esto no implica que ese pensamiento carezca de rigor o, menos aún, de profundidad. La exigencia de esta escritura está en escoger cuidadosamente las metáforas, como un medio de exigir al lector a aventurarse más allá del texto –a ir “fuera” del texto–, para que no resulte atrapado por una literalidad que limite la amplitud de su horizonte comprensivo. La invitación acaba en un verdadero desafío en sus últimos libros, porque su razón poética conducirá a una razón “lirica”, más próxima a “cantar” –como el poeta– la vida en su carácter originario, que preocupada por establecer un puente entre la inteligencia y la dimensión afectiva de la persona⁴.

La experiencia del fracaso de la República, que Zambrano consideró el proyecto político innegable para una España que había quedado detenida en la historia –y que defendió hasta último momento desde las páginas de *Hora de España*, primero en Valencia y finalmente en Barcelona–, unida a un exilio que se prolongó hasta el final de su vida por distintos países de América y de Europa –México, Puerto Rico, Roma, Francia, Suiza–, desencadena en María Zambrano un afán por “desentrañar” lo que considera permanente en el hombre, entendido éste como un ser inacabado, que sólo en lo divino encuentra su clave definitiva.

Es perceptible en sus escritos, y ha sido señalado⁵, un repliegue desde lo histórico a los “infernos”, palabra que escoge la autora para referirse a ese lugar profundo donde habita lo humanamente más genuino, y que, desde una coherencia metafórica, también usa para referirse a las entrañas. Poco antes de retornar a Madrid –donde muere el 6 de febrero de 1991–, escribe “Amo mi exilio”, artículo profundamente revelador de sus claves hermenéuticas, donde manifiesta que fue en el desarraigo, en el destierro, donde pudo vislumbrar más nitidamente lo que es la condición humana, tema central de todos sus escritos.

- 3 Aunque en la generalidad de los casos la escritura no lleve una impronta de género, la de María Zambrano podría considerarse deliberadamente “femenina”: posee un inconfundible tono que, metafóricamente, habría que calificar como propio de una “nodriza” –personaje arquetípico que suele aparecer en sus escritos.
- 4 No tengo conocimiento de que se haya aludido a la “razón lírica” para referirse a la trayectoria final del pensamiento de María Zambrano. Aunque su pretensión de hacer una filosofía *desde* la razón poética ha sido considerada como una tentativa imposible en un extenso estudio bien documentado: cfr. BUNDGÄRD, Ana, *Más allá de la filosofía (sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano)*, Trotta, Madrid, 2000. Queda señalado un tema importante que no se tratará en este estudio, centrado en la explicación del núcleo de su pensamiento antropológico.
- 5 “La huida de Perséfone”, ha sido titulado uno de los trabajos más lúcidos sobre este aspecto de la vida y del pensamiento de María Zambrano, inextricablemente unidos. Cfr. EQUIZÁBAL, José Ignacio, *La huida de Perséfone. El conflicto de la temporalidad en María Zambrano*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.

Con referencia al título de este trabajo, es preciso señalar que si ante cualquier pensador tiene importancia –aun a riesgo de una interpretación parcial: no hay lecturas *utópicas*, al margen de un contexto– acceder a las coordenadas desde las que se hacen comprensibles incluso sus conclusiones en apariencia menos relevantes, el conocimiento de estas coordenadas es aún más relevante cuando se trata, como en el caso de María Zambrano, de una autora cuyos escritos deliberadamente rechazan una voluntad de sistema. Entonces, es decisivo identificar las claves desde las que se estructura un modo de pensar con una nítida voluntariedad ética que, de intento, se sustrae a expresarse en los cánones típicos de una literatura moralizante. Porque, es preciso decirlo, nos encontramos ante una filosofía sapiencial, donde lo que importa es iluminar la vida del hombre, que en su intrínseca temporalidad se hace ininteligible sin referirse a su constitutiva trascendencia.

El hombre vive en un presente que se origina en el pasado, y desde el que ha de proyectarse a un futuro que no tiene hecho y que, por tanto, debe inexorablemente hacerse. Condición por la que “soñarse” resulta ineludible: se trata de “inventar” la persona que se debe ser. Pero inventar en el sentido etimológico de la palabra: “encontrar” el argumento de la propia vida en las circunstancias dadas –una búsqueda inspirada en el intento de su maestro por encontrar “el *logos* del Manzanares”, que tan definitivamente marcó su modo de pensar, su peculiar “método” de acercarse a la realidad y de pensarla⁶. De ahí la importancia del “destino”, el proyecto que el hombre no se ha dado a sí mismo, para que ese sueño no acabe en una “ensoñación” que transformaría a la persona en el personaje ficticio fraguado desde su capacidad de “novelería”, palabra con la que peyorativamente se refiere la autora al riesgo de “ensoñarse” que corren los hombres.

Quizá la inextricable implicación de sueño y destino sea lo central de este pensamiento antropológico, que resulta un llamado a la autenticidad entendida

6 Ortega afirma en un texto de *Meditaciones del Quijote*: “Hay también un *logos* del Manzanares: esta humildísima ribera, esta líquida ironía que lame los cimientos de nuestra urbe, lleva, sin duda, entre sus pocas gotas de agua, alguna gota de espiritualidad.” Cfr. ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote*, 1a ed., 7a imp., Alianza, Madrid, 2001, p. 25. En su artículo “A modo de autobiografía”, María Zambrano va pasando revista a su obra y llega a *Claros del bosque*, escrito íntegramente desde la razón poética. Recoge allí una posible interrogación en la que manifiesta la eventual sorpresa del lector que puede no atisbar la relación de *Claros del bosque* con la filosofía de Ortega: “Y se me dirá, o se preguntará el eventual lector que haya tenido la paciencia de leerme, que qué tiene esto que ver con ser discípulo de Ortega y Gasset”. La respuesta suya, directamente relacionada con el texto citado de Ortega, aclara en dónde reside ese magisterio decisivo y profundo más allá de la apariencia poética de su propia escritura: “Para mí sí, porque aunque no fuese más que por eso, porque en el primero más poético, más bello de sus libros, *Meditaciones del Quijote*, él habla de las circunstancias como suplicantes que piden ser salvadas y habla de que también el Manzanares, ese humilde río de Madrid, tiene su *logos*, tiene su razón. Ortega no se conformó con los grandes sistemas de filosofía que no llegaban a rescatar ni siquiera a mirar el *logos* del Manzanares, a sospechar el *logos* del Manzanares, y las circunstancias del pensamiento de Ortega y Gasset han sido después interpretadas como el conocimiento “de”, estratégico, para adaptarse a ellas. Es lo contrario, es un saber de salvación, es un saber de transformación y, aunque solamente fuera por eso, le seré fiel.” Cfr. ZAMBRANO, María, “A modo de autobiografía”..., p. 73.

como desnudez de las máscaras que sofocan a la persona. En la aceptación del destino, que no se realiza al margen del sueño ni tampoco de la acción, el hombre encuentra la libertad que debe conquistar a cada instante. Pero esto sucede a partir de una "pasividad" primaria, deliberada y reflexiva, desde la que podrá surgir aquella acción que configure una sociedad y una historia –inseparables en tanto que ámbito "ineludible" y quehacer "inexorable" de la vida propiamente humana– donde la persona no sea ya sacrificada.

La persona: su nacimiento histórico y su contexto

La escritura de María Zambrano elude la abstracción porque ese modo de entender no incorpora temporalidad, constitutiva de todo lo humano. Según la autora, todas las dimensiones de la persona humana vigentes en la actualidad, que nos podrían parecer ajenas al transcurso del tiempo, han tenido una trayectoria debida a su carácter temporal.

Ocurre lo mismo con la noción de "persona".

Sólo cuando el hombre llegó a reconocerse como tal, fue capaz de relacionarse *personalmente* con sus semejantes. Abandonó entonces un modo de convivencia cualitativamente diferente de la sociedad, como la "fratría" o la tribu. En estos "conatos de sociedad", según la autora, cada uno estaba identificado exclusivamente con el papel que le había tocado desempeñar en razón de las circunstancias de su nacimiento, sin que pudiera adoptar ninguna iniciativa que excediera la circunscripción de lo ancestralmente establecido. Por el contrario, cuando el hombre se reconoce como persona, es capaz de vivir en sociedad, eligiendo su propio lugar dentro de un ámbito común al de sus semejantes –elección libre aunque condicionada, al menos en parte, por los demás y por el pasado social, que pueden resultar muy restrictivos.⁷

Por otra parte, sólo cuando el hombre vive en sociedad, puede "hacer" historia. Entonces cesa la repetición cíclica de ritmos vitales carentes de novedad, como si fueran ritos, y los "hechos" adquieren la condición de "sucesos". Estos tienen su origen en la libertad de las nuevas generaciones que, al elegir, son capaces de inaugurar un futuro distinto, aunque lo hagan condicionadas por el pasado.

El hombre, en la antropología de Zambrano, está inmerso en el transcurso de la vida, siendo un singular viviente que oscila entre la vigilia y el sueño. Su nacimiento es un despertar –en metáfora de la autora–, y su vivir –también metafóricamente– un continuado nacimiento o renacer, ir despertando: un pasaje sin interrupción, por tanto, del sueño a la vigilia. Y viceversa, porque no le es dado al ser humano un estado permanente de conciencia plena. El hombre

7 Se puede constatar una evolución en el pensamiento de Zambrano respecto de la actitud que se debe adoptar ante estos condicionamientos extrínsecos: mientras que en su juventud clama por un cambio social en tanto que la sociedad impida el desarrollo de la propia persona, porque de lo contrario podría quedar convertida en un "personaje de novela", en su madurez propone una aceptación total del destino –en el que están implicadas las circunstancias no elegidas que es imposible cambiar–, tomando distancia de un cierto ímpetu un tanto "revolucionario" que traslucen sus escritos juveniles. Cfr. Nota 61.

también vive como en sueños porque debe anticipar lo que quiere ser: se proyecta soñando.

Esa oscilación entre sueño y vigilia es el ámbito en el que se le revela al hombre su propia condición; la revelación se produce, por tanto, progresivamente, casi a saltos. Es la razón de que frecuentemente actúe sin haber podido pensar, desprovisto de un saber originado en la experiencia; el más valioso, según la autora, porque es imprescindible para la vida.

La progresiva toma de conciencia de sí por parte del hombre es como una cadena de sucesivas revelaciones parciales, que le van descubriendo su propia condición y el sentido de su vida. Por esa similitud que tiene el hecho de tomar conciencia con el despertar, Zambrano los identifica metafóricamente. Así va apareciendo la vida humana como consecuencia de un despertar sucesivo, que es una continua toma de conciencia. Por eso, tantas veces, el sentido último de los actos se le esclarece al hombre recién después de haber actuado, convirtiéndolo, según Zambrano, en una criatura "trágica", en el sentido de que "conoce padeciendo" –éste es el significado preciso del adjetivo "trágico" en sus escritos–, sin haber podido "ver" *antes* de actuar, como les ocurre a los personajes de la tragedia.

Por tanto, según Zambrano, al hombre se le va revelando su ser a través de su propio actuar. Y esta característica del conocimiento que el hombre tiene de sí implica necesariamente el transcurso del tiempo. Por tanto, es un conocimiento histórico.

En la reflexión de Zambrano, Edipo, por desconocerse a sí mismo, encarna plenamente la condición elemental de todo hombre. Es el personaje arquetípicamente trágico para la autora: cuando cree haber resuelto el enigma que le propone la esfinge al contestar "el hombre", deja de advertir que es precisamente a ese alguien, el hombre, a quien desconoce; y, por eso mismo, se desconoce a sí mismo, no sabe quién es.

Hay un protagonista trágico entre todos, un hombre, Edipo, en quien se concentra la desdicha de la condición humana; pues es culpable siendo inocente; comete el peor de los delitos habiendo huido de ello, porque no sabe quién es. Si Edipo hubiese podido reconocer a su padre y a su madre, no hubiese matado aquel y esposado aquella. Habría descifrado el enigma propuesto por la Esfinge. Irónicamente la contestación era: el hombre. Mas después de haberlo acertado no sabía qué era el hombre, ni quién era él, este hombre, Edipo⁸.

María Zambrano sostiene que la conciencia de ser persona ha tenido una historia en la humanidad: ha sido una conquista progresiva del pensamiento a partir de la llegada del Cristianismo. Coincide en esto con Zubiri, a cuyas clases asistió en la Facultad de Filosofía de la Universidad Central. Pero el origen revelado de esta noción no excluye que haya sido una conquista humana.

Las etapas de la aparición de la “persona”

Zambrano sostiene que el acceso a la conciencia de ser persona tuvo sus etapas en la historia de la humanidad. La primera fue el surgimiento del individuo que, según la autora, es imprescindible para la revelación del hombre, porque la persona emerge desde una soledad que implica asumirse como un ser individual. Esta conciencia de la propia individualidad aparece en la *polis* griega.

La característica definitoria del individuo, para Zambrano, es poseer un tiempo propio. Así comienza a existir el hombre en soledad. Una soledad que obliga a pensar –para la autora, el pensamiento siempre obedece a una necesidad–, porque la vida de cada uno no está definida como en los estadios anteriores, donde el hombre se limitaba a cumplir una función acorde a las circunstancias de su nacimiento. Por el contrario, en la *polis* griega hay una igualdad fundamental de todos los ciudadanos por el hecho de pertenecer a una ciudad. Esa pertenencia los responsabiliza de la marcha de la misma: son ellos quienes la configuran, a la vez que por ella acceden a la categoría de ciudadanos. De ahí que Sócrates prefiera la cicuta a ser desterrado, puntualiza Zambrano, porque fuera de su ciudad no hubiera sido nadie.

Aunque, en su origen, la categoría ciudadano haya sido privilegio sólo de algunos individuos –los demás eran esclavos, o habitantes que desempeñaban oficios serviles–, Zambrano sostiene que en la polis se generó un espacio vital para el hombre, un cierto vacío que él debía llenar con su actuación pública, con una actividad política; un género de actividad inédito hasta ese momento porque en la tribu todo estaba estipulado desde el nacimiento a la muerte, sin que se pudiera modificar nada porque quien hiciera cualquier cambio se convertía en enemigo. No podía haber iniciativas porque se carecía de un tiempo exclusivo para cada uno, lo que es imprescindible para el ejercicio de la libertad; un tiempo personal distinto del común, del compartido con el resto de los hombres.

Por limitado que pueda parecer definir al hombre como individuo, supone un avance importante, desde la perspectiva de Zambrano. Anteriormente, el individuo ni siquiera existía como tal: sólo era parte de un conjunto al margen del que no poseía ninguna identidad. Hasta podría decirse que ni siquiera tenía alma, característica que en Egipto sólo correspondía al faraón por privilegio divino, puntualiza la autora.

Esta carencia de un tiempo personal imprescindible para el ejercicio de la libertad, anulaba la historia, no como ausencia de hechos, sino como serie de sucesos donde se puede rastrear un “argumento” tramado por la libertad humana, sostiene Zambrano. Sólo se daba una repetición cíclica de acontecimientos similares, porque cuando el hombre no está presente, al menos como individuo, no puede haber historia. Y la autora atribuye a esta ausencia de individuo la permanencia en el tiempo de unos “conatos de sociedad” en los que no estaban dadas las condiciones para la progresiva humanización de sus integrantes. Porque cuando el hombre ya vive como individuo, y más aún si tiene conciencia de ser una persona, necesariamente se rebela contra lo que en la sociedad es un obstáculo para realizar su propia vida. Razón por la que en un ámbito social genuino surge la rebelión si se llega a un grado de deshumanización insoportable.

San Agustín, el nacimiento de Europa y la noción de “persona”

Quedó señalado que para Zambrano la noción de “persona” surge con el Cristianismo. Según la autora, “el hombre interior” de San Pablo cobra vigencia cultural con la interpretación que hace San Agustín de ese nuevo tipo humano.

Agustín de Hipona, en la perspectiva de la autora, es un hombre plasmado en la Antigüedad, que llega a la nueva Fe desde la desesperanza en que habían dejado al hombre antiguo tanto la Filosofía griega como el poder romano; es reengendrado por la novedad de la Fe, sin perder su anterior condición cultural. San Agustín renace personalmente en el Cristianismo, pero además da un cauce diferente a las aspiraciones del hombre en la Antigüedad, que habían llegado a una frustración paralizante. El pensamiento agustiniano es la nueva orientación con la que surge Europa, heredera de Grecia y de Roma, pero diferente respecto de la filosofía griega y del poder romano, que permanecen renovados en la cultura naciente, según Zambrano.

Esa diferencia de Europa respecto de Grecia y Roma reside en el surgimiento de un hombre nuevo. Y la razón de esa novedad es la renovación del argumento de su esperanza, en metáfora de la autora. El hombre descubre que lleva en sí todo lo que necesita para no claudicar ante la adversidad de las circunstancias sociales e históricas.

Este hombre nuevo es el hombre interior: “Vuelve en ti mismo; en el interior del hombre habita la verdad”. El hombre europeo ha nacido con estas palabras. La verdad está en su interior; se da cuenta por primera vez de su interioridad y por eso puede reposar en ella; por eso es independiente, y algo más que independiente, libre⁹.

Resulta difícil desde la perspectiva actual, según Zambrano, hacerse cargo de la novedad que suponía esta interioridad, que otorga una independencia y una libertad inéditas en el mundo antiguo, donde Sócrates tuvo que pagar con su vida la inaudita audacia de pensar libremente y de hacer pensar en libertad. Lo novedoso es el descubrimiento de que el hombre puede ser receptáculo de la verdad, que ésta puede reflejarse en su alma. Este cambio se entiende mejor en contraste con los estoicos:

Recobra su interioridad. Si observamos a los estoicos, ¡con qué cautela hablan del “ánimo”, como de un enfermo crónico al que hay que acallar y dormir! En el estoicismo, que tanta vigilia exige, por otra parte, hay un cuidado de mantener quieto y aun dormido algo terrible. Porque esta interioridad no tiene medida; si en ella se encuentra la verdad, también ese punto que la refleja en algún modo tiene que participar de su infinitud. Y así es: ser persona cristiana es ser infinito y sin medida; ser individuo estoico es tener una medida, es estar sujeto a un límite¹⁰.

9 ZAMBRANO, María, *La agonía de Europa*, Sudamericana, Buenos Aires, 1945, p. 114.

10 ZAMBRANO, María, *La agonía de Europa...*, pp. 114 y 115.

Con las reflexiones de San Agustín sobre la revelación cristiana, esa interioridad sin medida, en la que se refleja la verdad haciéndola partícipe de su propia condición infinita, cobra vigencia y se convierte en un auténtico descubrimiento para el hombre, que toma entonces conciencia de su grandeza. Lo que oscuramente intuyeron los egipcios respecto del faraón –que tenía un alma por ser hijo de Dios– pasa a convertirse en patrimonio de todos los mortales, de cada hombre.

*La persona cristiana [...] no tiene límite, ni para sus fuerzas, ni para su vida, ni para su muerte. Hay algo en el hombre que todo lo traspone y trasciende; ser hombre es poseer esta interioridad que lo trasciende todo, esta interioridad inabarcable. Por eso una persona, un cristiano, es como una perspectiva infinita que no se agota jamás en ninguno de sus actos ni en todo ellos juntos; es lo que está siempre más allá; está en el fondo, tiene fondo*¹¹.

Señala Zambrano la “barbarie” que suponía en el mundo greco-romano identificar “esta interioridad inabarcable” con el corazón –sede de lo oscuro, de lo elemental, de lo casi animal–, por el énfasis que el pensamiento griego había puesto en lo inteligible, en lo diáfano, en lo que se hace transparente por la luz. Motivo por el que, según Zambrano, el hombre griego busca la inmortalidad, una inmovilidad diferente de lo anhelado por San Agustín: la vida eterna, que por eterna no dejar de ser vida, con todo lo que ésta implica. Es la razón por la que “nos presenta al hombre entero y verdadero, es decir, al hombre real en carne y hueso, cuya revelación constituyó el verdadero escándalo”¹². Escándalo porque este Padre, el que más influyó en Europa según la autora, está creando un espacio vital para el hombre íntegro, que no lo encontraba en el mundo antiguo, lo que supone una liberación.

Liberar al hombre en su integridad implicaba reconocer y dar cauce, dentro del ámbito de lo humano, a esa interioridad abismal, con una parte terrena, medio animal, que cuando se entenebrece oculta aun la misma verdad que la razón consigue, lo que es inaceptable para la mente griega, que apunta hacia la impasibilidad del pensamiento. El hombre griego, según Zambrano, buscaba en la transparencia de la verdad, así como en la belleza, un ámbito al resguardo de la “impureza” propia de la vida en permanente cambio.

Quizá este rasgo del pensamiento agustiniano –haber librado una batalla por dar vigencia al corazón–, sea el motivo de la simpatía que deja traslucir Zambrano por San Agustín, porque es su misma batalla. Ese corazón, con sus razones, del cual hay que hacerse cargo porque, siendo como el resumen de la persona, aspira, desde su ambigüedad, a una transparencia sin la que lo verdadero no puede enamorar ni fecundar la vida. Lo propio de la verdad es la nitidez, ser diáfana; y el corazón, resumen y culminación de las entrañas, tiende

11 ZAMBRANO, María, *La agonía de Europa...*, p. 115.

12 ZAMBRANO, María, *La agonía de Europa...*, p. 118.

a enturbiarse por su propio modo de ser, en cuyo caso ya no se hace apto para hacer llegar la luz de la verdad a las entrañas.

Si el corazón se enturbia, el hombre pierde la unidad de la vida, porque deja a las “entrañas” al margen de la verdad, ya que es a través del corazón como debe llegar la verdad a los ámbitos más elementales, porque es el mediador entre lo más material y más espiritual que residen en el hombre. De ahí la necesidad que el corazón tiene de clarificarse. Lo que implica ese cuidado, esa “cura” que San Agustín expone en sus *Confesiones*, y en la que Zambrano descubre el “método” para que el hombre viva humanamente; porque “toda vida es ante todo dispersión y confusión, y ante la verdad pura se siente humillada. Y toda verdad pura, racional y universal tiene que encantar a la vida, tiene que enamorarla”¹³, lo que conseguirá sólo si ha llegado al corazón, que debe lograr la transparencia para poder, a su vez, enamorarse de ella.

El descuido del corazón

También señala Zambrano que el hombre europeo, consciente de su grandeza, se extravió a partir del Renacimiento, por haber olvidado lo que San Agustín había dicho sobre el corazón como sede de lo irracional, de lo brutal. Porque, siendo el corazón el único nexo entre la razón y la dimensión corpórea del hombre, de su transparencia o turbiedad depende –como se vio en el apartado anterior– el logro de esa imprescindible mediación suya sin la que se pierde la unidad en la vida humana. Esa ambivalencia exige que no se lo descuide.

El hombre europeo sólo tuvo presente la similitud divina que poseía por su capacidad de crear, y olvidó el corazón. A partir del Renacimiento, y a medida que el idealismo iba configurando la vida europea, el hombre “se evitaba a sí mismo y eludía su propia imagen”¹⁴. De este modo, este hombre adora al Dios creador semítico y no al Dios de la misericordia del Cristianismo, sostiene Zambrano. En consecuencia, la acción humana pierde su norte porque ya no tiene como parámetro al Dios que salva al hombre de sus miserias, sino un Dios que saca al mundo de la nada, con el que quiere competir porque sabe que ha sido creado a su imagen y semejanza.

El descubrimiento que el hombre hace de su dimensión personal, aunque le posibilita vivir desde la plenitud de su condición, es ambivalente como ocurre con cualquier logro humano. Y a medida que el liberalismo toma del Cristianismo “la exaltación de la persona humana al más alto rango entre todo lo valioso del mundo” –olvidando que la confianza cristiana en el hombre se fundamenta “no en todo lo del hombre, sino en aquel punto por el cual es imagen de alguien que al mismo tiempo que le ampara le limita”¹⁵–, se precipita la historia: cada vez ocurren más cosas, desencadenadas por una acción que ha perdido sus límites. Parecería que el hombre quisiera hacer todo de nuevo, observa Zambrano,

13 ZAMBRANO, María, *La confesión: género literario*, Siruela, Madrid, 1995, p. 17.

14 ZAMBRANO, María, *Senderos. Los intelectuales en el drama de España. La tumba de Antígona*, Anthropos, Barcelona, 1989, p.31.

15 ZAMBRANO, María, *La agonía de Europa...*, p. 25.

habiendo perdido el sentido de su acción, que así resulta desastrosa, inéditamente desastrosa por la ilimitada capacidad que descubre en sí mismo.

Cuando esa capacidad de hacer que el hombre posee no está orientada hacia su propia humanización, degenera, según Zambrano, en un intento de endiosamiento imposible que acabará convirtiéndolo en ídolo, porque no puede ser dios. Y como todo ídolo, dios falso, necesita de víctimas para continuar existiendo, señala la autora desde la fenomenología de la religión. Entonces, el hombre se ve arrastrado por objetivos que antes no había imaginado.

Por todo esto, la historia se vuelve cada vez más *sacrificial*, en terminología de Zambrano. La conquista que supuso para el hombre llegar a reconocerse como persona implicaba, en los hechos, la posibilidad del fracaso si, deslumbrado por su grandeza, ignoraba la perversidad de esos abismos de su corazón, que proyectados en la realización de la sociedad y de la historia cobraron proporciones gigantescas. Disyuntiva que en el pensamiento antropológico de la autora se fundamenta desde la condición ambigua que posee toda dimensión humana, porque implica una realización buena o perversa, según el uso que el hombre haga de ella con su libertad. Y cuanto más se acerque esa dimensión humana a lo divino, cuanto más próxima se encuentre a lo puramente espiritual, más demoníaca puede resultar si se actualiza de un modo aberrante; y, en consecuencia, más diabólicos serán los efectos que proyecte sobre la vida humana.

Aunque la condición personal del hombre suscite en Zambrano una esperanza profunda, porque es el fundamento de una dignidad absoluta (por ser libre, el hombre puede amar, capacidad que le otorga un carácter exclusivo en el cosmos), en ningún momento esta pensadora cae en un optimismo ingenuo. Quizá tuviera presente la afirmación de Ortega sobre la candidez del liberalismo que, con su creencia en la bondad del hombre, había estropeado tres siglos de historia europea. Pero las razones de Zambrano son más profundas. María Zambrano explica las aberraciones de la historia desde una instancia religiosa. Así lo hace cuando reflexiona sobre la violencia europea en *La agonía de Europa*: es la soberbia humana, la sugestión diabólica del "seréis como dioses", lo que lleva al hombre a apartar la vista de lo que le resulta intolerable para sus ilimitados proyectos. Ya en el inicio de su trayectoria intelectual, no había escapado a la joven filósofa el contrapeso con el que en la Edad Media quedaba asentada la grandeza del hombre; es decir, la integridad de la enseñanza del Cristianismo sobre la persona:

En las iglesias románicas y en las catedrales góticas hay una sinceridad, una valiente osadía con que el hombre se planta ante sus verdaderas pasiones, se para ante sus propios abismos y los muestra con espanto, y sin hipocresía. Arroja al alma humana los monstruos de la carne, el demonio y los secretos contubernios, con la bestia siempre en acecho; sus rebeliones y sus alianzas monstruosas, todas sus traiciones, en fin, y le dice: eso tienes en tu camino, eso has hecho y puedes hacer en cada instante, todo eso tienes en tu posibilidad¹⁶.

16 ZAMBRANO, María, *Senderos...*, p. 31.

En conclusión, es el descuido de la dimensión cordial del hombre, en sus aspectos más sombríos, lo que introduce el crimen en la historia, porque transformado en ídolo, el hombre no puede dejar de exigir víctimas: su propia persona, en primer lugar.

La condición personal del hombre y la necesidad de soñarse

Aunque el descubrimiento del hombre como persona se haya originado a partir del Cristianismo, ha supuesto, según Zambrano, una actitud humana que nace de la libertad, y que resulta imprescindible para que esa noción cobre vigencia.

La libertad es imprescindible tanto para revelar históricamente la condición de persona que todo hombre tiene, como también para la aceptación de esta realidad en el propio plano individual, sostiene Zambrano. Porque no basta *ser* persona, sino que hay que saberlo y *querer ser* persona:

[...] pues se trata de una realidad tal que necesita ser pensada y querida, sostenida por la voluntad para lograrse. Para ser persona hay que querer serlo, si no se es solamente en potencia, en posibilidad. Y al querer serlo se descubre que es necesario un continuo ejercicio, un entrenamiento¹⁷.

Según Zambrano, sólo cuando el hombre ha llegado a reconocerse en su condición personal, puede establecer vínculos personales con sus semejantes. Esos vínculos constituyen la textura de la sociedad, cuando ésta “es el lugar de la persona”¹⁸. Y porque cada hombre es persona –“algo absoluto”¹⁹–, hay una igualdad fundamental entre ellos, que no puede alterar la pluralidad de funciones exigida por la vida social.

En el hecho de ser persona reside la dignidad de cada hombre; y por ser la persona algo absoluto, también lo es la dignidad que posee: el constitutivo valor de cada hombre reside en él mismo y es independiente de sus circunstancias. Aunque en estas reflexiones Zambrano no haga referencia a Antonio Machado, parecería que el pensamiento del poeta, vertido bajo el heterónimo Juan de Mairena, está palpitando en ellas: resultan como un eco del refrán popular que glosa ese maestro imaginario: *nadie es más que nadie*²⁰.

La constitutiva necesidad que tiene el hombre de “verse”, de reconocerse –según Zambrano– porque es proyecto de sí mismo, anticipado en sueños que exigen un contraste con la realidad para poder discernir en qué medida se van cumpliendo, es particularmente acuciante cuando se trata de la realización de sí mismo como persona. Según Zambrano, el hombre, para acceder a ese estadio vital, *necesita* “verse” en la persona de otro, porque es el único referente del que

17 ZAMBRANO, María, *Persona y democracia...*, p. 152.

18 ZAMBRANO, María, *Persona y democracia...*, p. 95.

19 ZAMBRANO, María, *Persona y democracia...*, p. 104.

20 Cfr. MACHADO, Antonio, *Juan de Mairena*, Castalia, Valencia, 1971, p. 261: “Tal es el principio inmovible de nuestra moral. *Nadie es más que nadie*, como se dice por tierras de Castilla.”

puede disponer. Y así como para verse físicamente el hombre precisa una superficie que lo refleje, para “aprender” a ser persona necesita el espejo viviente de sus semejantes:

La visión del prójimo es espejo de la vida propia; nos vemos al verle. Y la visión del semejante es necesaria precisamente porque el hombre necesita verse. No parece existir ningún animal que necesite contemplar su figura en el espejo. El hombre busca verse. Y vive en plenitud cuando se mira, no en el espejo muerto que le devuelve la propia imagen, sino cuando se ve vivir en el espejo del semejante²¹.

Por tanto, la persona implica necesariamente, para Zambrano, una alteridad, una dualidad de semejantes. De ahí que tanto la persona como la sociedad sean una confluencia de vínculos personales que no sólo no diluyen la sustantividad de cada uno, sino que la reafirman y le otorgan el medio sin el que ningún viviente permanece en la vida. Ocurre que, mientras ese medio está determinado por su propio hábitat ecológico para la generalidad de los seres, en el caso de la persona el “medio” está constituido por unas relaciones netamente interpersonales al margen de las que no puede existir como persona –la razón por la que ya en su primer libro, *Nuevo liberalismo*, la autora rechazara cualquier modo de colectivismo en el que la persona quedara desdibujada; y también que defendiera el derecho de todo hombre a unas condiciones económicas que resultan imprescindibles para el *vivir* como persona, cuyo valor absoluto no puede quedar en un reconocimiento exclusivamente teórico.

Sólo cuando el hombre llega a autorevelarse como persona, en metáfora de la autora, el transcurso de la vida humana adquiere el sentido de *historia*. Porque no puede considerarse propiamente histórica, según Zambrano, una acumulación de hechos que se van sucediendo casi mecánicamente y, por eso mismo, también de un modo previsible. El hombre *hace* historia cuando su actuación es un sucederse de “acontecimientos”, no de *hechos*, porque tienen origen en su libertad, que ha introducido algo “nuevo” en el contexto ya dado, ejerciendo así máximamente su capacidad de elegir, que no requiere una total indeterminación.

Es la libertad del hombre, que en su ejercicio depende intrínsecamente de la conciencia y de la aceptación de ser persona, lo que genera la historia. Porque, por la libertad, el hombre le otorga vigencia al pasado en el presente –aunque sea de un modo negativo, rechazándolo–, y así lo transforma en *histórico*.

Según Zambrano, sólo una concepción errónea de la libertad pretende ignorar el pasado, adoptando un “adanismo” que necesariamente lleva a la frustración. El argumento que imprescindiblemente necesita la esperanza de cada hombre, de una sociedad, tiene que ser configurado libremente, pero *desde el pasado*, ya que no se trata de una esperanza “utópica”, sino de la esperanza que moviliza a

21 ZAMBRANO, María, *El hombre y lo divino*, 2ª. ed., Siruela, Madrid, 1992, p. 268.

seres humanos que viven en una sociedad que se ha configurado desde una historia determinada.

Por otra parte, si bien la esperanza no puede realizarse nunca en plenitud, sostiene la autora, debe poseer una tendencia factible para no caer fuera de la dimensión proyectiva que tiene la vida humana. Esta razonabilidad requerida por el argumento de la esperanza, en tanto que posibilidad de realizarse, es lo que hace que se la pueda distinguir del delirio. Porque la razón, libremente, va delineando un argumento a la esperanza, no sólo para removerla en sí misma, aislada en su propia dinámica como ocurre con el delirio, sino para que trascienda en acciones con las que el hombre se va haciendo su propia vida²². Por tanto, nunca debería ignorarse el pasado, sino asumiéndolo para reconducirlo al futuro a través de un presente. Cuando el pasado es vivificado desde el presente, y llega así al futuro, tiene el carácter de *tradición*, en la antropología de Zambrano.

Consecuentemente, sólo puede darse una tradición que sea viva, viviente, y por eso mismo ha de tener una influencia tan espontánea en el presente que aparezca redundante y superflua una toma de postura para defenderla, lo que ha ocurrido, puntualiza Zambrano, con el llamado “tradicionalismo”. En su opinión, todo tradicionalismo se niega a sí mismo, porque si la tradición está vigente, el tradicionalismo resulta superfluo, y si aquélla no tiene vigencia como tal, éste se vuelve un voluntarismo inútil al pretender imponerla.

Si el pasado no llega a ser tradición, permanece fosilizado y, al querer introducirlo en el presente como si tuviera vida, se convierte en una losa que cierra el futuro e imposibilita el ejercicio de la libertad. Pero si se anula la libertad, la esperanza queda paralizada porque, aunque sea imposible una concreción definitiva de la misma (si la concreción se produjera, acabaría la historia), sólo en un ámbito libre es capaz de originar el fluir histórico en el que siempre se busca algo más que lo dado. De ahí que la esperanza, a la que ninguna realización aquietta porque todas carecen de la plenitud anhelada, necesite una renovación continua de su argumento. Esto es tarea de la libertad, cuando puede canalizar lo pasado hacia un futuro por el cauce que se le abre en el presente; de lo contrario, la vida se detiene, ya que su móvil es la esperanza en estado permanente de

22 El delirio puede trascender también al plano de la acción –un actuar *delirante*–, no es ese su carácter específico en el pensamiento de Zambrano, para quien lo determinante del mismo es su desvinculación de la realidad. Y cuando la esperanza delira –por carencia de un futuro que sirva de cauce a su anhelo–, es posible rescatar de ese delirio las razones del corazón “humilladas”, a las que no se les da cabida en el presente, que desencadenan ese estado casi patológico. Si ese estado trascendiera como acción, se trataría de una acción enajenada. Por tanto, las acciones descontextualizadas de la realidad se aproximan a un actuar “delirante”, según la autora –lo que ocurre, en parte, con la acción revolucionaria porque pretende prescindir del pasado, como se verá más adelante.

Importa acotar que la autora también llamaba “delirios” a un modo suyo de escritura, “algo que me encontré escribiendo en París a ratos cuando el ‘daimon’ me tomaba después de la muerte de mi madre”, dice en carta a Rosa Chacel del 31 de agosto de 1953: cfr. ZAMBRANO, María, *Cartas a Rosa Chacel*, Cátedra, Madrid, 1992, p. 45. Varios de esos *delirios* están recogidos en la segunda parte de su libro *Delirio y Destino*: cfr. ZAMBRANO, María, *Delirio y destino. Los veinte años de una española*, Edición completa y revisada por Rogelio Blanco Martínez y Jesús Moreno Sanz, Centro de estudios Ramón Areces, Madrid, 1998.

inacabable realización. Pero la vida, a su vez, es un continuo tránsito que no puede quedar detenido.

En metáfora de Zambrano, si la vida no transita, es decir, si el hombre no puede tender hacia el futuro en su vida, ésta se le convierte en una especie de cárcel, que percibe como un infierno. Y el hombre, antes o después, reacciona, se rebela, porque habiendo descubierto ya su condición de persona, no puede permanecer indefinidamente sin libertad, sin trascender por sus acciones libres, inmovilizado en un presente oclusivo.

Esta capacidad de la persona, dada por el ejercicio de la libertad, para *transitar* por el tiempo llevando el pasado hacia el futuro, es lo que origina una verdadera historia humana, cuando la tradición es viva y la cultura ayuda a la persona a realizarse como tal; de lo contrario, la historia queda detenida. Cuando por las circunstancias personales o sociales, la persona no puede, con su libertad, *ir* desde el pasado hacia el futuro y debe permanecer *fija* en el presente, la cultura oprime igual que aquellos trajes de los cuadros de Velázquez –la metáfora es de Zambrano²³– que parecen asfixiar a las criaturas que los llevan²⁴.

Pero si la historia se detiene, el tiempo queda aprisionado, ya no fluye. Algo grave, porque en ese fluir se va dando la gestación inacabable del hombre como persona. Por esa razón, el tiempo es el aliado principal del hombre, porque es cauce de la historia personal; también el ineludible “material” con el que la persona va configurando una sociedad que sea *su* “lugar”, tarea que requiere tiempo. Por el contrario, cuando queda detenido el tiempo –ocurre siempre que se cae en el inmovilismo al que es propenso el hombre, por su miedo al cambio–, todo se vuelve repetición cíclica, se fosilizan las estructuras sociales, ya no responden a las necesidades de las personas que, nacidas en ellas, se ven obligadas a soportarlas como una agobiante herencia. Entonces la vida detenida, “encharcada” –en metáfora de Zambrano–, se vuelve un infierno, como quedó apuntado. Y la esperanza arrinconada va generando, además del rencor inherente a toda injusticia, una exasperación que suele ser el origen de las revoluciones. Diagnóstico de Zambrano en el que parece volcar su personal experiencia juvenil ante una España a la que muchos intentaban inmovilizar en el pasado.

La negación del pasado y la aceptación de la necesidad por el amor

Zambrano sostiene que las revoluciones no pueden resolver las situaciones de injusticia, fundamentalmente porque no cuentan con el tiempo, que intentan ignorar. La acción revolucionaria no se origina propiamente en la libertad porque, negando el pasado, se precipita hacia el futuro contra toda razón; aunque la imposibilidad de que el hombre permanezca inactivo por mucho tiempo puede

23 Aparece por primera vez en su primer libro, *Nuevo Liberalismo*, pero es recurrente en sus escritos.

24 Para la autora, el vestido –imprescindible para el hombre–, ha de contribuir a la expresión del alma y no quedar convertido en parte de la máscara detrás de la cual la persona continuamente está tentada de esconderse, precisamente por no haber aceptado su condición de persona, llegando de este modo a degradarse en *personaje*, como se verá más adelante.

lanzarlo a esa actuación irracional. Pero cuando la acción se ejecuta al margen de la libertad, no genera la convivencia humana sino que la anula. El revolucionario pretende un comienzo absoluto de la historia –según Zambrano–, y eso es el máximo error, porque desde la perspectiva de la autora, la sabiduría estriba en saber *transitar* el tiempo. Un peculiar tránsito, intrínsecamente relacionado con un ejercicio correcto de la libertad, por el que el hombre, sin quedar determinado por el pasado, lo tiene en cuenta como el material ineludible con el que proyecta el futuro, con unas raíces desde las que adquiere su sentido. Es éste un futuro que, cuando se proyecta desde el pasado, genera libertad; razón por la que, para Zambrano, el futuro es el tiempo propio de la libertad. Esta perspectiva, que condiciona de tal modo la libertad que otorga el futuro a su radicación en el pasado, resulta plenamente comprensible desde su concepción de la libertad.

En sus inicios como escritora, Zambrano se identifica con una concepción de la libertad que entiende como “propia del alma española”, que se va intensificando en su trayectoria intelectual. En un artículo publicado en la revista *Cruz y Raya*, con motivo de la edición que reunía las obras de Ortega escritas entre 1914 y 1932, sostiene:

Yo y mi circunstancia. Esta cárcel y estos hierros. Pero quien así se queja no pretendió jamás evadirse. Quizá sea esta la manera de llegar a la libertad propia del alma española: la reabsorción de la circunstancia, la vivificación de la circunstancia, el abrazarse a lo que nos limita sujetándose libremente a lo que encadena; encontrar la libertad en la lucha y jamás en la evasión. El español prefiere hundir las raíces en la tierra a ensayar alas para un vuelo fugaz²⁵.

En su madurez como pensadora, María Zambrano habrá de conjugar esta libertad con la “necesidad”, ya prefigurada en la imagen de la raíces que se hunden en la tierra²⁶. Entre ambas, libertad y necesidad, el amor tendrá un papel decisivo, ya que “necesidad–libertad son categorías supremas del vivir humano. El amor será mediador entre ellas. En la libertad hará sentir el peso de la necesidad y en la necesidad introducirá la libertad. El amor es siempre trascendente²⁷”, en el sentido de que capacita al hombre para ir más allá de lo

25 ZAMBRANO, María, “Señal de vida”, *Revista de Occidente*, Madrid, 1983, n.º 24-2, mayo, p. 277. El artículo fue publicado por primera vez en *Cruz y Raya*, Madrid, 1933, n.º 2, mayo, pp. 145 a 154.

26 Hay que tener en cuenta la influencia de Spinoza en la concepción de la libertad de Zambrano. Para este filósofo es el conocimiento de la necesidad que impera en la realidad lo que otorga al hombre la única libertad posible; de lo contrario permanece en su “natural” condición servil. Sobre este autor hizo su tesis doctoral y publicó un artículo, “La salvación del individuo en Spinoza”, en *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras* (Madrid, 1936).

27 ZAMBRANO, María, *El hombre y lo divino...*, p. 255.

que encuentra en el presente, ejercitando su libertad en un contexto determinado que él no ha elegido²⁸.

Sólo el amor da esa libertad en medio de todos los condicionamientos y determinaciones que el hombre tiene, porque –afirma Zambrano– “ser hombre es estar fijo, es pesar, pesar sobre algo. El amor consigue no una disminución, sino una desaparición de esa gravedad”²⁹. Y la consigue porque al amar, el hombre transforma los condicionamientos en posibilidades, descubre en lo que podría transformarse en obstáculo insalvable, que cierra el paso al futuro, el argumento posible que se incoa de un modo elemental en el pasado, pero que la libertad debe configurar, partiendo de lo que encuentra. No de otro modo “crea” el arte, y seguramente ese modo humano de proceder ha estado paradigmáticamente presente en María Zambrano, continuamente cercana a la literatura, a la música y a la pintura.

Sólo el amor puede rescatar del pasado lo que debe ser vivificado para que logre en el futuro la plenitud posible, aún no conseguida. Sólo el amor “salva” el pasado, lo renueva, hace que no “pese” sobre el presente, libera al hombre de esa gravedad que lo hace estar sujeto, detenido y pesando sobre los otros, ya que al realizarse la persona en íntima relación con sus semejantes, es imposible que no proyecte sobre los otros su propia gravedad. Sólo el amor concede al hombre, según Zambrano, esa agilidad imprescindible para *transitar* el tiempo.

El hombre, aunque ame y así rescate el pasado histórico, seguirá errante sobre la tierra, como consecuencia de no encontrar en ella un lugar adecuado. Zambrano califica como *impar* la situación del hombre respecto de los demás vivientes, que si no dieran con un “hábitat” apropiado dejarían de vivir. Por el contrario, el que encuentra el hombre cuando nace a la conciencia de ser persona, nunca puede parecerle idóneo, porque en su intimidad hay un anhelo, manifestación de la esperanza, que jamás puede quietarse con ninguna realización humana concreta. Condición propia del hombre que lo lleva a una situación de exilio permanente, más o menos consciente, más o menos aguda de acuerdo a las circunstancias; aunque puedan darse, según Zambrano, algunos breves “períodos” de una aparente calma, donde la libertad respire a sus anchas al establecerse una armonía entre el pasado, el presente y el futuro; y esta armonía hace posible ese nacimiento continuo, que es como la ley del crecimiento de la persona, en un ámbito sin conflictos.

28 Casi al final de su trayectoria, respondía: “Mi libertad mayor ha sido la obediencia. Es una de esas paradojas de la vida que considero más fecundas que las antinomias del pensamiento.” Son palabras de María Zambrano en una entrevista concedida a TVE en mayo de 1987: cfr. E. LAURENZI, “La cuesta de la memoria”, en: REVILLA, Carmen, (editora), *Claves de la razón poética. María Zambrano: un pensamiento en el orden del tiempo*, Trotta, Madrid, 1998, p. 87. Algo similar había escrito hacía tiempo en una carta a Agustín Andreu, dando razón de que la libertad no fuera un peso: “la libertad, para mí, se cumple en la obediencia, que por eso es ligera”: cfr. ZAMBRANO, María, *Cartas de La Pièce (Correspondencia con Agustín Andreu)*, Edición de Agustín Andreu, Pre-Textos, Valencia, 2002, p. 38. Una libertad enamorada, ya que en ese mismo epistolario escribe como si se tratara de una sentencia: “la libertad sin amor es irreal, fantasmal, pura falacia”: cfr. p. 99.

Pero ocurre, según la autora, que hasta ahora esos tramos de aparente bonanza en la historia no han podido constituirse ni siquiera como períodos históricos, en tanto que su “espacio” ha sido muy reducido: sólo unos pocos han gozado de ese bienestar, generalmente sostenido por una mayoría que no podía acceder a ese nivel de dignidad imprescindible para realizarse como persona. Es la permanente dicotomía entre la historia auténtica y la *apócrifa* –así denomina Zambrano a la historia que se genera desde la voluntad de dominio del hombre contra toda razón³⁰–, cuya falta de unidad genera el conflicto social que resurge desde la disconformidad de aquellos que han quedado postergados, sin que haya sido necesaria una deliberada malicia por parte de los otros; y por eso la historia continúa, como un intento de restablecer un equilibrio que, la mayoría de las veces, genera nuevos desequilibrios. “Si el equilibrio humano fuera estable, la historia no existiría”³¹, sentencia Zambrano.

Esa búsqueda humana del lugar adecuado a su ser genera la historia, las diversas sociedades con diferentes rostros, en el intento del hombre por configurar aquella “en la cual no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona”³². Si esta sociedad se lograra, si el hombre –cada hombre– consiguiera vivir dentro de la sociedad como persona, la historia dejaría de ser “sacrificial” y pasaría a ser ética, sin que esto implicara el final de la historia. Ese fin anularía la esperanza, que explica toda la vida del hombre; “esa historia de la esperanza humana [que] sería la historia verdadera del hombre”³³. Con este paso a la historia ética, sólo dejaría de ser “la historia que es crimen”³⁴, consecuencia del endiosamiento pretendido por unos –ídolos, porque no pueden ser dioses–, necesitados de víctimas, de la postergación en que con excesiva frecuencia han quedado la mayoría de los hombres, sin lograr acceder a un modo de vivir apropiado para su persona³⁵.

29 ZAMBRANO, María, *El hombre y lo divino...*, p. 258.

30 La historia *apócrifa* es un tema central en la antropología de Zambrano sobre el que se volverá en la segunda parte.

31 ZAMBRANO, María, *El hombre y lo divino...*, p. 253.

32 ZAMBRANO, María, *Persona y democracia...*, p. 133.

33 ZAMBRANO, María, *El hombre y lo divino...*, p. 64.

34 ZAMBRANO, María, *Persona y democracia...*, p. 93.

35 Importa señalar la exigencia requerida a la acción histórica para que no genere una historia *sacrificial* en las reflexiones de María Zambrano. Lo plantea en una reseña sobre dos libros publicados del Coronel Lawrence, *Los siete pilares de la Sabiduría* y un grueso volumen de correspondencia. Allí centra la cuestión en “el conflicto de la sinceridad de aquel que se atreve a vivir un sueño propio al servicio de un poder que no es ciertamente un sueño”. Y sus conclusiones son rotundas: “La confesión del Coronel Lawrence [...] puede ser el testimonio de todos los que en una forma o en otra han recorrido los caminos del mundo avivando esperanzas y encendiendo por ende la hoguera más devastadora de todas: la de la desesperación, que sigue a la esperanza burlada, pues el caudal infinito de la esperanza se convierte íntegramente en su contrario, el odio exasperado. Y extremando el conflicto, es decir, mirándolo en su íntima esencia bien podría ser el que nos señalara la necesidad última de eso que tanto ha costado: la santidad. ¿Pues el santo no sería aquel que lograra realizar sus sueños sin verlos maculados? Una acción inmaculada, y no solamente una palabra inmaculada es la exigencia que alienta en el fondo de la conciencia y de la vida de nuestro tiempo. Realizar en la huidiza textura histórica, con la ambigua materia del alma humana y, entre la ciega necesidad de la economía y de la ‘física’, la libertad originaria del sueño que, puro, libre, requiere ser encarnado.” Cfr. ZAMBRANO, María, “El caso del Coronel Lawrence”. *Orígenes*, La Habana, 1945, año II, n.º 6, pp. 47 a 51. Citado por: Edición facsimilar, Volumen I, Madrid, Turner - El Equilibrista, 1989, p. [327].

El logro de una sociedad adecuada a la persona tampoco implicaría un modelo definitivo, rígido, como una organización de estructuras fosilizadas. Esa sociedad adecuada, por el contrario, debería tener un dinamismo, propio de cualquier organismo vivo, garantizado por un mínimo de estructura, tal como ocurre – dice Zambrano en su primer libro, *Nuevo liberalismo*– con el esqueleto en los seres vivos, que les permite articular sus movimientos.

Pero mientras no se consiga *humanizar* la sociedad, la historia seguirá siendo lo que hasta ahora ha sido casi siempre: un crimen. Razón por la que Zambrano subtítulo *La historia sacrificial* la segunda edición de su libro *Persona y democracia*, treinta años posterior a la primera.

La persona: sueño y destino

El hombre, ser *impar* –diferente, por tanto, a los restantes–, no ha acabado de nacer porque se encuentra obligado a hacerse su propia vida. Es otro de los puntos de arranque del pensamiento antropológico de Zambrano. Según la autora, lo que mueve todo el nacer y el renacer del hombre es su anhelo, que se le manifiesta de un modo inmediato a su “sentir” y surge de la esperanza, raíz de toda tentativa humana.

La esperanza es el motor de toda la vida del hombre en sus diferentes y múltiples aspectos. A la actualización de la esperanza, a la búsqueda permanente por parte del hombre de los lineamientos que perfilan su propia existencia –y que ella designa como “argumento de la esperanza”–, se debe su falta de adecuación con el medio; inadecuación que vuelve tan problemático su *puesto en el cosmos*³⁶.

En el interior del hombre anida oscuramente la esperanza y aún bajo ella el anhelo. “Vivir es anhelar”, ha dicho Ortega y Gasset. El anhelo es la primera manifestación de la vida humana. La diferencia del anhelo respecto a la necesidad animal es su indeterminación. El anhelar humano no tiene siempre un término conocido, puede muy bien no ser anhelo de algo determinado. Se muestra en él ya una trascendencia aún en forma mínima³⁷.

Precisamente esa “indeterminación” es como una apertura en el horizonte de la esperanza carente de límites, porque el hombre nunca deja de tender a algo más que lo ya conseguido en su vida. De ahí que cualquier realización, aun la más lograda, dejará siempre insatisfecha alguna de las múltiples dimensiones de la persona. Por tanto, toda acción tiene un ineludible aspecto de fracaso, en el sentido de que ninguna puede, por su propia limitación, dar plena respuesta a la esperanza ilimitada del hombre. Todo esto implica que la historia no puede detenerse; siempre habrá algo, mucho, por realizar, porque inevitablemente todo

36 Las alusiones al título de la conocida obra de Max Scheler, *El puesto del hombre en el cosmos*, son frecuentes en los escritos de Zambrano en el sentido de que el hombre *no tiene* un puesto en el cosmos.

37 ZAMBRANO, María, *Persona y democracia...*, p.82.

logro humano, aun siendo auténtico, deja otros aspectos postergados. Vivir siendo artífice de la historia –de esa historia en la que de algún modo todo hombre interviene aunque sea de un modo ínfimo– implica la capacidad de vivir desde el fracaso. Pero a pesar de la perspectiva de fracaso con la que se le presenta a la lucidez del hombre cualquier iniciativa suya, su anhelo no puede aquietarse, porque es manifestación de su esperanza, que no cesa:

[...] el anhelo es la manifestación difusa, primaria, superficial de la esperanza, que es su foco, su hogar y su raíz última. Si el hombre se diferencia del animal porque anhela, es porque más allá del anhelo, como su foco, está la esperanza.

Decir esperanza es señalar algo concreto, la concreción de un esperar constante, ininterrumpido, como el latir del corazón. Se puede decir que no se tiene esperanza o esperanzas, mas no que no se espera, y la desesperación es la precipitación de la esperanza; un salto de la esperanza en el tiempo³⁸.

Por ser la esperanza una posibilidad indeterminada, abierta, el hombre no tiene otra alternativa que soñarse, soñar lo que debe ser, lo que debe hacer con su vida, en medio de esas circunstancias en las que le ha tocado hacerla.

El sueño como proyecto de vida

El hombre como sujeto de su propia vida, está *obligado* a manifestarse, sostiene Zambrano; y esta obligatoriedad de manifestarse es una consecuencia de lo que afirma Ortega: “somos necesariamente libres” –cita recurrente en los escritos de la autora, que parafrasea afirmando: “somos necesariamente persona”³⁹. Y porque el hombre es necesariamente libre, no puede dejar de hacer algo en lo que se manifieste de un modo no fijado previamente, aunque esta indeterminación no sea absoluta, como tampoco lo es para Ortega: el hombre, al manifestarse, lo hace *en* y *desde* unas circunstancias que le vienen dadas.

En *Notas de un método*, María Zambrano señala el peligro que corre la persona cuando se manifiesta. Al hacerlo, puede ser fiel a sí misma o puede dejarse embeber por su personaje, por el personaje que le impone su yo al margen de su propia realidad humana. Ejemplifica esta disyuntiva contrastando la enajenación de Alonso Quijano con la de Eloísa en *Lo prohibido* –la novela de Galdós–, personaje del mismo perfil que *Madame Bovary*. Alonso Quijano, aunque había sido poseído por su personaje como Eloísa y *Madame Bovary*, cuando despierta de su sueño, vuelve a ser el vecino bueno de La Mancha, ya que “su locura había sido creadora, porque estaba profundamente de acuerdo con su ser”⁴⁰. Es lo contrario de lo que ocurre con los otros dos personajes, en quienes la ensoñación no coincide con su realidad, y, por tanto, resultan ficticios. Pero, a pesar del riesgo, la autora subraya el carácter insoslayable de este aspecto

38 ZAMBRANO, María, *Persona y democracia...*, pp. 83 a 84.

39 ZAMBRANO, María, *Persona y democracia...*, p. 208.

40 ZAMBRANO, María, *Notas de un método*, Mondadori, Madrid, 1989, p. 61.

de la condición humana que es manifestarse: “Cuánta ambigüedad hay en este humano sujeto obligado a manifestarse. Porque si no se manifiesta, no es.”⁴¹.

Interesa subrayar el sentido del sueño, como proyecto de vida, en el pensamiento de Zambrano, porque resulta el paso previo de esa obligada manifestación del hombre que no puede eludir; consecuentemente, de ese “sueño” nadie puede inhibirse. En tanto que ineludible para que el hombre trascienda haciéndose su vida, para la autora, soñarse es algo positivo. Pero por ser un aspecto de la condición humana, no puede dejar de tener una inherente ambigüedad: según lo viva el hombre desde su libertad, resultará bueno o perverso. De ahí que en este soñar comience a fraguarse el drama del hombre, que puede acabar en tragedia, con las inevitables consecuencias que a nivel histórico y social tiene todo comportamiento humano, aunque sea individual en su origen. Y ésta es la razón por la que debe tener un *ethos* esa necesidad de soñarse: cuando el hombre se sueña debe ser fiel a su propio “destino”, que Zambrano llama también “vocación”.

Esa fidelidad al propio destino tiene, para Zambrano, una doble dificultad: sólo puede ser percibido en la soledad, lo que implica un vencimiento personal por parte del hombre, porque ante esa situación siente una instintiva resistencia, que tiene su causa sobre la que se volverá. Y, en segundo lugar, por su unicidad, ese destino implica una nueva dificultad: el hombre no tiene un modelo prefijado. Cada uno es un cierto absoluto en medio de unas circunstancias que nunca son iguales para dos personas, aunque vivan en el mismo ambiente. Y esto entraña el riesgo del error; el acierto de los propios pasos no está asegurado. Ante la inseguridad, el hombre teme y, por temor, se retrae –“se esconde”, escribe Zambrano– en la propia familia, que así adquiere las características de la tribu, o en la propia sociedad, que por ese comportamiento resulta masificada. En definitiva: el hombre se esconde en el anonimato. Y entonces ya no se sueña, sólo forma parte de un sueño colectivo que otros soñaron por él.

Sólo cuando el hombre se sueña desde su destino, se realiza como persona, sostiene Zambrano; como la persona que es. Pero la autora puntualiza que no basta con *ser* persona, también hay que *querer ser* persona, para serlo en plenitud. En caso contrario –ya porque el hombre se inhibe de soñarse y se somete entonces al sueño que otros soñaron por él, o porque al soñarse lo hizo al margen de su destino–, el hombre queda convertido en “personaje”, caricatura de la persona que estaba llamado a ser; ya no vive desde sí mismo sino que representa su personaje enmascarándose y perdiendo así su propio rostro.

La resistencia a la soledad y el reconocimiento de sí como “algo absoluto”

El hombre percibe en sí una resistencia a quedarse en soledad porque al comienzo, según Zambrano, la soledad es sentida casi como un crimen: ser individuo implica un cierto apartarse del grupo –la fratría, la tribu–, y esto, inicialmente,

41 ZAMBRANO, María, *Notas de un método...*, p. 61.

es percibido como una transgresión que hay que vencer, porque es fuerte el ímpetu instintivo de volver a lo anterior. Esta es la razón por la que, para la autora, la conquista de la soledad es difícil. En metáfora suya, supone un “dintel” que de no atravesarse, deja al hombre en el anonimato donde el ser personal se diluye, porque sólo en esa soledad el hombre puede enfrentarse consigo mismo y, al hacerlo, reconocerse como persona: un cierto absoluto que trasciende las circunstancias de su propio origen y del lugar que ocasionalmente ocupa entre sus semejantes más próximos. Motivo por el que Zambrano concluye: “persona es soledad”⁴².

En la antropología de Zambrano, el hombre llega a la soledad por la conquista de un “espacio vital” propio. Esa conquista comienza en Grecia, según la autora, con la configuración de los dioses. Los dioses se distinguen de ese “lleno sagrado” en el que originariamente el hombre se encontraba como en una placenta de la que no ha acabado de desprenderse, según su metáfora. La configuración de los dioses permite aislarlos de la naturaleza, que ya no se presenta como una fuerza sagrada. Y una vez que el hombre ha delimitado la influencia de los dioses, deslindada ya de los fenómenos naturales, se queda en un cierto vacío que es, en la perspectiva de Zambrano, una soledad imprescindible para reconocerse a sí mismo como distinto de todo lo demás y de todos. Al hacerlo, el hombre no puede dejar de percibirse como un cierto absoluto que se le revela al comienzo como “orfandad”; pero esa carencia resulta ineludible para que se identifique como individuo. Paso previo, como quedó señalado, para acceder a la plenitud de su individualidad reconociéndose como persona.

Por tanto, reconocerse como persona implica hacerse cargo de ese cierto absoluto que está presente en uno mismo. Afirma Zambrano: “en ser persona hay algo absoluto, es algo absoluto”⁴³; y la percepción de uno mismo como absoluto reclama una experiencia personal intransferible, que debe ser querida.

Hay un cierto paralelismo entre el itinerario que ha tenido el reconocimiento de la persona en la humanidad y el modo de concebirse uno a sí mismo como persona en la propia historia individual, según Zambrano. Cada hombre debe reiterar personalmente, de algún modo, esa trayectoria general para acceder a vivir como persona. Si un hombre, individualmente, no hace ese descubrimiento, queda al margen de una vida propiamente personal; teniendo en cuenta, como quedó señalado, que son imprescindibles, además, unas condiciones socio-culturales que implican factores económicos –que Zambrano nunca omite– decisivos para que esa dignidad no quede en un reconocimiento puramente teórico.

Por esa intransferible experiencia requerida a cada hombre para acceder a vivir como persona, es explicable que, aun cuando estén dadas las condiciones sociológicas –en el sentido de que se disponen de esa imprescindible independencia individual para emerger como personas–, no todos accedan a vivir como tales. Sostiene Zambrano que esto sucede, en algunos casos, porque no se lleva a cabo ese experimentarse a sí mismo como un cierto absoluto; en otros, porque una vez experimentado se retorna al estadio anterior, a la vida

42 ZAMBRANO, María, *Persona y democracia...*, p. 124.

43 ZAMBRANO, María, *Persona y democracia...*, p. 104.

“tribal”. De ahí que en el hecho de vivir como persona intervengan varios factores sucesivos: unas condiciones imprescindibles, una personal experiencia de ser un absoluto con la responsabilidad que implica y, finalmente, una aceptación de uno mismo como persona, como absoluto, sin retraerse ante ese descubrimiento.

El reconocimiento de sí mismo como un absoluto implica una soledad difícil, porque compromete personalmente de un modo indeclinable en la realización de la propia vida. En ese compromiso de la personal realización, además, ya está presente la segunda dificultad, el segundo obstáculo que el hombre tiene para decidirse a ser la persona que se está llamado a ser: la aceptación del propio destino, a partir del que debería soñarse, según Zambrano. Esto es arduo, porque el destino no se percibe de entrada nítidamente, menos aún cuando se trata de un destino especialmente singular, cuya realización implica abrir un camino en el modo de vivir como hombre –aunque todo hombre, por el hecho de ser persona, es un ser singular, llamado a una fidelidad a su intransferible destino, que aportará su propio cauce, por insignificante que pueda parecer, al curso de la historia de la humanidad.

Zambrano se refiere a la aportación que, asumiendo su propio destino, hace cada uno al modo de vivir personalmente dentro del contexto común a todos los hombres, haciendo unas consideraciones sobre Eloísa que tienen vigencia para todo aquél que no deserte de su condición personal, aunque no sea frecuente tener que vivir una vocación inédita:

Cuando más profundo es el destino que pesa sobre una vida humana, la conciencia lo encuentra más indescifrable y ha de aceptarlo como un misterio. El conocimiento del destino adviene después de que se consumó. Entonces, desatado el nudo terrible por el padecer, salta de pronto el sentido íntimo; se hace visible, se ha transformado en conciencia. Mas quien lo condujo por su vida hasta la conciencia lo apuró en el padecer oscuro, atravesado, eso sí, por presentimientos. El destino jamás se hace visible del todo para quien lo padece. Es el ángel con quien Jacob lucha toda la noche y que sólo consiente ser visto a la madrugada⁴⁴.

Hay un cierto absoluto en el propio destino, que es como la impronta a plasmar en las circunstancias de cada persona, signada por él en su mismo origen. Por esta razón, a cada hombre se le ofrece la realización de sí mismo como persona *en y desde* el absoluto de su destino, que propiamente no se elige, pero que si lo acepta y, más aún, lo ama, deja de ser algo fatal, porque el amor transforma lo “necesario” en libertad. Esto sólo ocurre, según Zambrano, cuando se hace de la propia persona una ofrenda, cuando se ofrece, desde la propia libertad, la persona que se es a la realización de ese destino que, así aceptado, ya se convierte en

44 ZAMBRANO, María, “Eloísa o la existencia de la mujer”, *Sur*, Buenos Aires, año XIV, n.º 124, febrero, 1945, p. 41.

vocación, una llamada de lo alto y desde los lados –puntualiza en su libro *La Confesión*– que se encuentra; mejor, que se escucha.

El propio destino como cáliz ofrecido

Es a este absoluto del propio destino que se refiere Zambrano al final de su vida, en *Notas de un método* cuando, hablando del sujeto, establece una cierta identificación entre el absoluto que se presenta “en un cáliz del que hay que beber” y “el absoluto –intangible e inasequible para el hombre–, santo sin sombra, sin mezcla”. Como si descubriera una relación de origen por la que el absoluto que se ofrece en el propio destino procediera de otro Absoluto, que, además, otorgara la pauta de lo que se ha de hacer frente al cáliz del destino personal.

El absoluto se presenta a veces en forma de ángel, pero lo que suele ofrecer el ángel es un cáliz del que hay que beber. Como la flor, cáliz del rocío mañanero, refresca, también puede envenenar. Cuando el absoluto –intangible e inasequible para el hombre–, el santo sin sombra, sin mezcla, dice de sí mismo “soy el camino, la verdad y la vida”, cuando el absoluto desciende a ser el camino de la verdad inasequible y de la vida verdadera, para el hombre el camino es trascenderse a sí mismo. Y así viene a recordar su nacimiento, su relatividad, y eso que el tal ser humano está siempre a punto, cuando se trasciende, de aplastar, cualquier conato de ser; pues que el hombre, más que un ser entero y verdadero, es un conato de ser, y no tiene que enseñorearse.⁴⁵

María Zambrano, aludiendo a ese absoluto que “se presenta a veces en forma de ángel”, se refiere a la necesidad de asumir como propio ese proyecto que involucra a cada hombre trascendiéndolo, pero que ha de ser aceptado por él desde su libertad para hacerlo realidad. Porque, en la perspectiva de la autora, el hombre es libre cuando se acepta a sí mismo como un don recibido, cuyo argumento esencial ya le ha sido dado sin intervención de su parte, aunque sólo él pueda hacerlo vida.

El cáliz, el destino que es el absoluto verdadero propuesto a la pretensión de absoluto que el hombre posee por ser él mismo un absoluto, puede ser aceptado –y entonces la persona lo sustantiva en su propia vida– o puede ser rechazado. Si el hombre lo rechaza, no pierde por eso su capacidad de absolutizar, que proyectará indebidamente en algo que no sea el absoluto verdadero. Éste es un aspecto fundamental de la condición humana, que Zambrano señala en *El hombre y lo divino*: “la pretensión de algo absoluto puede dejar caer su absoluto sobre aquello que le resiste, verificándose así una conversión entre lo absoluto del ser y del no-ser”⁴⁶. Es decir, la pretensión, por parte del hombre, de absolutizar

45 ZAMBRANO, María, *Notas de un método...*, p. 78.

46 ZAMBRANO, María, *El hombre y lo divino...*, p. 174.

algo que no es el verdadero absoluto –el ser–, lo lleva a absolutizar un “no-ser” en el que fracasa su pretensión de absoluto verdadero.

Hay que puntualizar que, aún considerando el posible yerro de no aceptar el verdadero absoluto, de todos modos el hombre, según Zambrano, percibe en sí mismo una resistencia primera –previa a la posibilidad de errar–, cuando su propio sueño como proyecto le resiste, por carecer de la realidad que está pidiendo desde su carácter sólo “soñado”; un soñar imprescindible, como quedó señalado, pero también ininterrumpido, porque el hombre es “una extraña criatura que no tiene bastante con nacer una sola vez. Necesita ser reengendrado, [...] mientras que a las demás criaturas les basta con nacer una sola vez”⁴⁷, señala Zambrano.

Cuando el hombre, por rechazar su destino, absolutiza un sueño propio, que no es la versión soñada del verdadero absoluto, queda convertido en personaje. Ya no se va actualizando su propia persona, signada por un destino que ella no se ha dado pero que sin ella no puede realizarse, sino que su condición personal se subordina al falso absoluto instaurado por ella misma. Ha quedado convertida en alimento del personaje de su sueño absolutizado, porque carece del argumento trascendente que le otorgaría, además, la trascendencia benéfica que puede alcanzar con sus acciones. En consecuencia, no sólo se sustrae a la autenticidad inherente a la condición de persona, sino que proyecta su rechazo en la sociedad y, por tanto, también en la historia. Proyección que no puede tener sino un carácter negativo, porque se genera desde un pretendido endiosamiento falaz.

Antes de pasar a las consecuencias de carácter público que tiene el vivir desde el personaje, importa transcribir el texto en el que Zambrano da la clave para vivir auténticamente como persona, conjurando de ese modo la envidia que se desencadena, como “enfermedad sagrada” –¿como un cierto “castigo” divino, cabría interpretar?– en aquellos que se niegan a beber el cáliz de su propio destino⁴⁸:

En la Pasión divina hay un momento supremo en que parece que se detiene para decidirse, suspendida sobre el abismo infinito. Jesús está solo ante su destino; en soledad completa ante él. Un ángel le alarga el cáliz de su inajenable padecer. Misterio en que lo humano obtiene su liberación suprema de la tragedia de ser sombra del semejante. El ángel se aparece siempre a los que logran la soledad; ¡es la imagen sagrada de la soledad! Y el hombre que lo haya sentido cerca, aun sin verlo, estará libre para siempre del acecho de la envidia; del torcido ensimismamiento, donde la mirada se desvía ante el equívoco espejo.

47 ZAMBRANO, María, *La agonía de Europa...*, p. 91.

48 Sólo se hace esta referencia a la “envidia” porque no es un tema que se aborde en este trabajo. De todos modos hay que señalar que es un aspecto de la condición humana sobre el que María Zambrano ha reflexionado reiteradamente, y al que le dedica un capítulo en *El hombre y lo divino*.

Pasión incompleta la del hombre que no haya vivido su hora a la manera humana, lejos de todo y sin sombra. Entonces nace a la soledad, algo ya imperecedero. Pues no se verá en el semejante, ni tendrá nada de él.

Pero también cabe desdecirse en el Huerto de los Olivos, desviviendo el destino, arrepintiéndose de la Pasión⁴⁹.

Cuando el hombre da cabida a este “desdecirse en el Huerto de los Olivos, desviviendo el destino” que se le ofrece, además de convertirse en “personaje”, se yergue como yo autónomo, inventándose a sí mismo desde un sueño que anula cualquier determinación dada por unas circunstancias que trascienden su propia vida y la signan. La aceptación de las mismas sería la condición imprescindible para convertir la dimensión fatal de su destino en libertad. Pero al negarse a toda determinación, pretendiendo una libertad como la divina, el hombre no sólo no la consigue –como razonablemente cabe pensar– sino que, además, termina encadenado a su propio yo, que es incapaz de liberarse a sí mismo persiguiendo el espejismo de una autonomía imposible. Situación a la que alude Zambrano, diciendo, metafóricamente, que el hombre, enmascarado por una máscara que él mismo inventa, “se enreda en su propia sombra”: “cuando el sujeto se embebe en ese Yo, cuando se deja embeber por él, se hace personaje, deja de ser persona y pasa a representar todo aquello que su Yo le impone. El sujeto se inventa a sí mismo, inventa una máscara, un tipo, un personaje”⁵⁰.

El hombre no puede escapar al dilema de su propia libertad

El hombre no puede escapar al dilema de su propia libertad: o aceptación de la necesidad del destino, que, asumido, es llevado desde la fatalidad a la libertad, o independencia de ese destino, que lo esclaviza a su personaje creado desde la nada por su yo autónomo. Análogamente, el hombre tampoco puede sustraerse a su capacidad de absolutizar: o absolutiza desde su libertad el verdadero absoluto que le es dado en su propio destino, convirtiéndose en persona, o absolutiza su propio sueño al margen del destino, es decir, el personaje creado en su autonomía al que se esclaviza. Pero esto tiene unas consecuencias que trascienden el ámbito personal, como quedó apuntado. Así como los elementos

49 ZAMBRANO, María, *El hombre y lo divino...*, p. 174. El subrayado, que no corresponde al texto, destaca lo que puede entenderse como síntesis de este trabajo.

Importa dejar constancia de la centralidad de la figura de Jesucristo en el pensamiento de María Zambrano. En una carta del 23 de abril de 1981, decía al autor de un artículo sobre la superación del racionalismo en su filosofía: “Muy nítidamente sigue usted el camino de la ‘Palabra’ y, claro está, que en ‘Hacia un saber sobre el alma’ aletea ya. Mas lo que tuvo irresistiblemente presente fue ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida’, que creía yo que era cumplida expresión de la ‘Razón vital’, luego ‘histórica’ y por último y escasamente, a mi parecer, ‘viviente’.” Cfr: ORTEGA MUÑOZ, Juan Fernando, “Reflexión y revelación: los dos elementos del discurrir filosófico en María Zambrano”, *Epimelia*, Buenos Aires, Año IV, n.o 7, 1995, p. 12.

50 ZAMBRANO, María, *Notas de un método...*, p. 61.

con los que la persona debía construir su propia vida son consumidos por el personaje del sueño, también la realización de ese sueño absolutizado implica supeditar a ese objetivo la vida de todos los demás, en la medida en que sea necesario y factible.

Absolutizar el propio sueño lleva al personaje a endiosarse, endiosamiento falso que lo transforma en un ídolo, caricatura de Dios, que para seguir existiendo reclama alimentarse de la cabeza y del corazón de la persona, porque como todo ídolo carece de vida propia, sostiene Zambrano desde una fenomenología de la religión muy meditada. La primera víctima de este sacrificio es la misma persona dada en alimento a su personaje, pero también todos aquellos que de algún modo estén implicados en la realización de ese sueño. Esto lleva a la anulación de la sociedad como ámbito en el que es *exigido* vivir como persona –la característica que distingue una verdadera sociedad, según la autora–, y a la historia “sacrificial”.

Esta historia sacrificial ya no es el desarrollo en el tiempo de un argumento soñado en común, cuya realización sustantiva a cada una de las personas que intervienen en él, sino una sumatoria de acciones con el fin de hacer realidad un sueño particular que ha sido absolutizado. Zambrano llama “sacrificial” a tal historia, porque en ella todo se sacrifica en la ejecución de ese sueño erigido como centro alrededor del cual giran las personas y aun, tantas veces, el mismo Dios; y puntualiza que en ocasiones se ha usado la religión para enmascarar un sueño absolutizado. Por tanto, Dios y las personas son relativizados en función de ejecutar lo que hace las veces de único absoluto: la ensoñación de un yo erigido autónomamente.

De todos modos, si se evitara ese sacrificio fallido de la persona “que se da en pasto” –en metáfora de Zambrano– a su propio sueño absolutizado, no quedaría eximida del sacrificio verdadero. Para esta pensadora, el sacrificio es un núcleo decisivo en la configuración “personal” auténtica de la vida humana. Y el sacrificio ineludible es verdadero cuando otorga la libertad de la esclavitud al propio personaje y, consecuentemente, deja en libertad a los demás para realizarse como personas. La libertad dada a los demás no consiste sólo en evitarles los obstáculos derivados de la absolutización del propio sueño, sino en el ofrecimiento de la propia vida, vivida desde el absoluto que es la persona identificada con su propio destino, como ese modelo vivo imprescindible para que todo hombre aprenda a vivir humanamente; ya que sólo puede aprender esta sabiduría en el referente de un semejante –cuando puede “verse” en un “espejo viviente”, en metáfora suya.

Aunque el hombre necesite y pueda contar con el ejemplo de otro que ha accedido a su condición de persona, no se le ahorra asumir su propio e intransferible destino, cuya realización exige abrir un cauce que no está hecho, porque es irrepetible, pero que encuentra una orientación cierta en esa pauta viviente y próxima que le ofrece alguien que le ha precedido en la fidelidad a su realización. En tanto que pauta sobre cómo asumir el propio destino, Zambrano considera que la escena del Huerto de los Olivos acerca ese “espejo” en el que se puede descubrir el paradigma de la aceptación del verdadero absoluto, que

inspira la trayectoria de una realización personal auténtica y el modo de hacerla. Pero sus reflexiones también incluyen la figura del héroe de la tragedia griega, el prototipo del hombre porque conoce padeciendo, como quedó apuntado, pero también porque –desde la personalísima interpretación de la autora– aceptando el destino trágico logra “deshacer” la tragedia.

Por el hecho de querer vivir como persona, el hombre es un héroe, en el sentido trágico del término: deshace con su sacrificio la “tragedia” en que se convierte la historia, cuando es herencia de unos condicionamientos que obstaculizan su vida como persona, porque debe hacerlo en el escenario de unos sueños absolutizados, que revierten necesariamente sobre él por estar inmerso en un contexto histórico. Sólo ese heroísmo lo salva, además, de ser arrastrado por la falsa absolutización de otros en la que él mismo puede enajenarse. Y como héroe, señala Zambrano, resulta solidario, ya que “ningún héroe combate para sí solo; su pasión sería entonces declinable, y no lo es”⁵¹. Observación ésta de la autora que enfatiza la perspectiva ética de su antropología.

El sacrificio del héroe consiste, fundamentalmente, en reformar su voluntad a la hora de querer. Así como la razón debe reformarse a sí misma, según Zambrano, para no *fixar* el dinamismo propio de la vida al intentar pensarla –negándose a un afán mayor de dominio que de conocimiento–, también la voluntad debe reformarse a sí misma para que al querer –que, espontáneamente, dice Zambrano, no puede dejar de ser absoluto–, se niegue a su inherente absolutización, reconociendo como único absoluto a la persona. La persona es el bien decisivo a promover, desde el querer personal libre, en uno mismo y en los demás; bien absoluto al que se deben subordinar todos los valores restantes. Nuevamente se presenta el dilema: o sacrificar el modo absolutizante de querer con el que el hombre “quiere” por el solo hecho de hacerlo, o sacrificarse al propio querer absoluto y sacrificar a los demás a ese querer. Y este dilema ineludible a nivel personal resulta igualmente ineludible en lo social, a juicio de Zambrano, porque en su pensamiento todo lo individual tiene una proyección colectiva, social e histórica:

*[...] el hombre ha de ir haciéndose no ya su vida, sino proseguir su no acabado nacimiento; ha de ir naciendo a lo largo de su vida, mas no en soledad, sino con la responsabilidad de ver y de ser visto, de juzgar y ser juzgado, de tener que edificar un mundo en el que pueda quedar encerrado este ser prematuramente nacido, sin tiempo, sin libertad, y en esa situación entrar en el gran teatro del mundo sin saber tampoco su papel a representar*⁵².

51 Cfr. ZAMBRANO, María, “Eloísa o la existencia de la mujer” ..., p. 40. Hay que señalar una evolución en el pensamiento de Zambrano. La joven pensadora, en una recensión sobre la primera recopilación de las obras de Ortega, a la que ya se hizo referencia, hacía una distinción entre el común de los hombres y “los protagonistas de la Historia que son los que sostienen directamente sobre sus hombros, nuevos atlantes, el Universo.” Cfr. ZAMBRANO, María, “Señal de vida” ..., p. 276. En los escritos de su madurez, nunca repite esa distinción y fundamenta su propuesta de la democracia como la forma de organización social más apta en el hecho de que cada hombre es persona, razón última de su dignidad, idéntica para todos.

52 ZAMBRANO, María, *El sueño creador*, Turner, Madrid, 1986, p. 27.

En la propuesta de María Zambrano es tan nítida e imperiosa la necesidad de reformar la voluntad en su modo específico de querer que, cuando habla de la acción del héroe, subraya que nace “más allá de la voluntad”. Esto implica que se trata de una acción inspirada en un origen que trasciende la misma voluntad del héroe. Dicha voluntad no ha quedado al margen de la acción, pero se ha actualizado fundamentalmente como *aceptación* para realizarla, y no como una imposición arbitraria que el héroe se hace a sí mismo: ha sido obediencia a un designio que lo trascendía. La voluntad anula, de este modo, la raíz de violencia que suelen tener las acciones cuando provienen de su espontáneo ejercicio, generalmente autárquico. Zambrano ejemplifica este carácter de la acción humana reflexionando sobre el sacrificio de Antígona:

*En Antígona, su acción es sólo en apariencia voluntaria. Es sólo la forma que su verdadera acción, nacida más allá de la voluntad, ha tomado. Su voluntad no podría cambiarla. Es su ser el que ha despertado, convirtiéndola en otra para los demás, en una extraña para todos. Paradójicamente, su acción de hermana la dejó sin hermanos. Sola, única, sin semejante.*⁵³

Todo hombre debe enfrentarse con la “fatalidad” de una situación que él no ha elegido, también con su propio ser libre pero condicionado no sólo por las circunstancias externas sino también por una cierta identidad recibida, heredada, que determina su vida “trágicamente”. Pero si el hombre asume esa condición suya no elegida, padeciéndola para conocerla –porque no dispone de un conocimiento previo a esa asunción–, y la resuelve realizando su destino –también con su padecimiento–, deshace la tragedia: queda liberado del *fatum*. Lo que equivale a sostener que la aceptación del destino desde la libertad, lo despoja de su condición “trágica” y lo hace identificable con un llamado, lo transforma en “vocación”. Con esta actitud, el hombre queda al mismo tiempo liberado de la “novelería”, como denomina Zambrano a la contextura que adquiere la vida humana cuando no es vivida desde la persona sino desde el personaje. Por tanto, es la verdad sobre la propia persona y la obediencia a su verdadero designio –el argumento trascendente no tramado desde una indeterminación pretendida por un yo autónomo–, lo que salva al hombre del riesgo de despersonalizarse. En un párrafo de la *Advertencia* a la primera edición de *La España de Galdós* quedan conjugados los diferentes aspectos de esta cuestión central en la antropología de Zambrano:

Pues que de vivir se trata. La vida lo exige. No basta la vida, ella, hay que vivirla. Es lo real de la vida. Pero si sólo fuera así, novela y tragedia serían dos fatalidades ineludibles; ineludibles, ciegas fatalidades, si además no existiera la verdad y no en abstracto, sino la verdad de la vida; la verdad viviente. Y ella es la que permite y

53 ZAMBRANO, María, *El sueño creador...*, p. 92.

*exige al mismo tiempo, salvarse de tragedia y novelaría; atravesar el infierno, éste*⁵⁴.

La asunción del sacrificio, presupuesto de la historia verdadera: la "confesión"

Asumir el sacrificio, abrir con la propia vida un cauce en la historia al destino que recae sobre la propia persona, es lo que da la pureza de conciencia imprescindible para una acción santa, una acción limitada y falible, pero no perversa. Estas son las acciones que engendran la historia verdadera, que tienen su origen en una persona que ha sido "crucificada", uniendo en sí la dimensión vertical, la que procede de lo alto, con la horizontal, la propia del mundo de los hombres. Crucificada, en el sentido de sujeta a su destino, la persona consigue la trascendencia verdadera, que evita *pesar* sobre los demás, dominarlos, "eso que el tal ser humano está siempre a punto, cuando se trasciende, de aplastar, cualquier conato de ser"⁵⁵.

Por el contrario, cuando la persona no asume su propio destino ensoñándose al margen de él –o también cuando consiente en ser "usada" para la realización de cualquier proyecto que se ha absolutizado–, no pierde por eso su condición de víctima, pero ya no tiene la dignidad propia de su ser absoluto, ni es capaz de deshacer la tragedia: un simulacro de cruz es el lugar del sacrificio vano. En metáfora de Zambrano, la persona "victimizada" queda girando en un "aspa", degradación de la cruz, que por carecer de una orientación definitiva la convierte en juguete de la historia "apócrifa" –calificativo que usa la autora para referirse a esa historia hecha desde el "personaje", falsificación de la persona, en el sugerente prólogo a la única pieza de teatro que escribió, *La tumba de Antígona*.

La realización del hombre como persona implica un sacrificio que lo libera de sacrificarse inútilmente, también de sacrificar a los demás a su propio sueño absolutizado, o a otro ajeno. Pero en esta capacidad de sacrificarse, cuando es auténtica, no hay lugar ni siquiera para el riesgo del narcisismo, porque la condición de autenticidad del verdadero sacrificio es no sólo que no sea elegido por quien lo lleva a cabo, sino que lo realice casi sin darse cuenta. De lo contrario, resultaría la acción sacrificial perpetrada por un personaje, una parodia, porque sólo la persona, desde la propia libertad intransferible en obediencia a un designio trascendente, puede realizar un sacrificio cabal. Esto explica la transparencia con que se representa ante la mirada de María Zambrano la figura de Antígona, cuya acción "es sólo en apariencia voluntaria", en tanto que "su voluntad no podría cambiarla"⁵⁶.

La consumación del sacrificio se va dando en el tiempo. Sólo a unos pocos personajes, no exclusivos de la literatura sino también históricos, como es el caso de Juana de Arco –sostiene Zambrano–, se les concede apurar su destino

54 ZAMBRANO, María, *La España de Galdós*, 3ª. ed., Endymion, Madrid, 1989, p. 16.

55 ZAMBRANO, María, *Notas de un método...*, p. 78.

56 ZAMBRANO, María, *El sueño creador...*, p. 92.

en una acción única. La inmensa mayoría deben realizarlo a través del tiempo, como si a sorbos fueran bebiéndose su propio cáliz –en metáfora suya. Este beberse el propio cáliz está sujeto a errores y, lo que más importa señalar, implica una renovación permanente de la propia elección como persona de la que el hombre puede desdecirse en algunos momentos, en tanto que supone un sacrificio sin interrupciones; razón de que, a veces, se pueda rechazar al ángel que ofrece el cáliz del propio destino, sostiene metafóricamente Zambrano.

Para “remediar” esos momentos en los que el hombre se niega a ser persona, tanto como para rectificar los errores, resulta imprescindible la “confesión”, género literario que Zambrano eleva a la condición de “método”. Porque considera que es el modo “más directo” de conseguir esa anhelada transparencia, rescatando al propio corazón de la turbiedad en que queda sumido cuando se niega a reconocerse en el destino que tiene fijado –en cuyo caso pierde el argumento auténtico de su esperanza porque no consigue detectar las notas definitorias de sí mismo⁵⁷.

En la confesión, el hombre se cuenta su propia historia; y esto resulta imprescindible cuando se ha perdido la dicha. En esta situación el propio corazón –que es como el resumen de la propia humanidad– pesa, y con su peso incapacita al hombre para transitar por el tiempo. Esta inmovilidad, que puede equipararse a carencia de sabiduría –cuya nota distintiva es “saber transitar en el tiempo”, a juicio de la autora–, hace que el pasado ya no fluya hacia el futuro a través de un presente, por el cauce que la esperanza abre con su argumento. En esa situación, el hombre, agobiado por su propio peso, permanece fijo, sin trascender, sin horizonte, sin la perspectiva que el espacio vital le otorga, cuando existe. Debe entonces volver a contarse su historia para ver dónde, en qué paso de su trayectoria, perdió la dicha; dónde quedó detenido, porque seguramente se deba a un error, quizá a haber omitido la renuncia que exigía la aceptación de la integridad de su destino. Y no será enteramente desdichado quien puede contarse su propia historia, concluye Zambrano, porque en esa narración podrá retomar el hilo del verdadero argumento.

Esta capacidad que tiene el hombre de retomar su verdadero argumento, de volver a asumir el destino que se la ha dado, es la razón por la que María Zambrano eleva el género literario “confesión” a la categoría de “método”, como “camino” para encausar la necesidad que el hombre tiene de convertirse, de transformarse, con la ineludible necesidad de la *anagnóresis*, el primer paso, decisivo, para deshacer la tragedia.

Si el hombre no consigue reformar permanentemente su modo de querer, no absolutizando su sueño, inevitablemente incurre en la pretensión de soñarse como si fuera Dios, desde la nada, y acabará idolatrándose –porque no puede ser “dios”: sólo “ídolo”. Desde la perspectiva de Zambrano, el hombre falsea con esa actitud su propio ser: una criatura, con una libertad que debe ejercer en el contexto de lo necesario, donde lo fatal quedará anulado por el amor; lo que

57 “La Confesión no es sino un método de que la vida se libre de sus paradojas y llegue a coincidir consigo misma. No es el único, pero sí tal vez el más inmediato, el más directo.” Cfr. ZAMBRANO, María, *La confesión: género literario*, Siruela, Madrid, 1995, p. 8.

equivale a realizar su libertad como libertad creadora, con una creatividad que es imagen de la divina pero que, precisamente por ser imagen, no puede ser idéntica.

Cabría reiterar que el hombre, al inhibirse de soñarse rectamente –negarse a ese primer paso ineludible para ser persona–, además de dejar abandonada una dimensión que no puede faltar en la propia vida, corre el riesgo de ser arrastrado por el sueño absolutizado de otro. En este caso estaría cooperando al avasallamiento de los demás, porque “idolatrando” desde su libertad un falso dios, incrementa la necesidad que tiene de víctimas. De ahí que vivir como persona –por tanto, soñarse–, no sólo tenga un *ethos* sino que sea también una *exigencia ética*, centrada en rescatar el propio rostro de todas las máscaras, señalará metafóricamente Zambrano.

La persona y las máscaras

La persona puede quedar enajenada en su personaje. Pero Zambrano, aun puntualizando que cuando el hombre se degrada en personaje sustituye su rostro por una máscara, introduce en sus reflexiones la etimología de la palabra “persona”, y la relaciona con la necesidad que tiene el hombre de aparecer, de mostrarse, una exigencia que implica, de algún modo, la máscara, porque no puede hacerlo en total desnudez de un modo consuetudinario.

[...] cada hombre está formado por un yo y una persona. La persona incluye el yo y lo trasciende, pues el yo es vigilia, atención; inmóvil, es una especie de guardián. La persona, como su mismo nombre indica, es una forma, una máscara con la cual afrontamos la vida, la relación y el trato con los demás, con las cosas divinas y humanas. Esta persona es moral, verdaderamente humana, cuando porta dentro de sí la conciencia, el pensamiento, un cierto conocimiento de sí mismo y un cierto orden, cuando se sitúa previamente a todo trato y a toda acción, en un orden; cuando recoge lo más íntimo del sentir, la esperanza. Mas podemos forjarnos una imagen de nosotros mismos, una imagen ficticia, máscara de una pasión, sea la de endiosarse, sea otra cualquiera y, al actuar, hacerlo desde ella⁵⁸.

En el texto citado es nítida la necesidad que tiene el hombre, con su libertad, de irse rescatando de las sucesivas máscaras que al soñarse, rectamente, va forjando; como si la autenticidad de la persona estuviera dada, desde la perspectiva de Zambrano, por esa capacidad de no identificarse con las sucesivas e imprescindibles máscaras que, sólo así, no convierten la persona en “personaje”. Hay, por tanto, un *ethos* para el “uso” de la máscara, que está dado por ese “cierto conocimiento de sí mismo y un cierto orden”, como puntualiza la autora.

58 ZAMBRANO, María, *Persona y democracia...*, p. 79.

De lo expuesto se puede concluir que hay una máscara que podría denominarse “connatural”, como forma imprescindible, supeditada al yo, en cierto modo reduplicación del mismo, para “dar la cara” a los demás, aunque suene paradójico. Y en este sentido, Zambrano llega a admitir la necesidad de “una guía para que el hombre sepa transitar por sus múltiples tiempos y tratar con sus múltiples máscaras”⁵⁹. Pero debe hacerse sin confundir aquella con la máscara ficticia que el hombre se forja, necesariamente, al soñarse como personaje de “novelería”. Desde una lectura analógica, resultan adecuadas las reflexiones de la autora sobre la función del vestido en la vida humana, para comprender el sentido de la “connaturalidad” de la máscara:

Es muy extraño que lo humano pueda existir desnudo; la epidermis necesita velos, no está hecha para chocar con el aire. La carne pide marco y decoración, forma y rito. Sólo sin piel, despellejado y descarnado, es decir, desesperado, puede el hombre prescindir de vestiduras, que entonces le hacen daño. He aquí, creemos, la quiebra de todo desnudismo [...]

[...] la vida desnuda no puede detenerse ni mirarse, porque ya no está en sí, sino fuera, más allá de sí misma y de todo. Se viste para mirarse y las vestiduras encubren y dicen, eluden y aluden, como siempre que algo se viste con pureza. Nada puro se viste para ocultarse por completo; porque es constitutivo del cuerpo decir más cosas de sí cuando se cubre y adorna que cuando, directo, crudo y por completo, aparece ante la vista⁶⁰.

Amodo de prolongación de sus reflexiones sobre la connaturalidad de la máscara, existe también una significación positiva del “personaje” en los escritos de Zambrano. Se encuentra en una nota que añade al texto de su artículo sobre Eloísa, en la que señala la diversidad entre el varón y la mujer en la operación misma de configurar esa máscara connatural. La observación le da pie para vincular ese aspecto positivo de la máscara con una dimensión del personaje que es rescatable.

La mirada en que la mujer se mira a sí misma es distinta de la análoga del varón. Es esencial a la vida humana el necesitar saberse o saber algo de sí misma; pero el hombre adquiere este saber casi siempre en forma de idea, de definición. (La definición es la forma más viril del conocimiento.) Mientras la mujer suele verse vivir desde dentro, sin definición, de modo directo, prescindiendo del “personaje” que el hombre necesita crear para verse vivir. Es muy masculino verse vivir desde una idea o desde un personaje;

59 ZAMBRANO, María, *El sueño creador...*, p. 27.

60 ZAMBRANO, María, “Renacimiento litúrgico” (Sobre *El espíritu de la liturgia* de Romano Guardini), *Cruz y Raya*, Madrid, 1933, n.º3, junio, pp. 161 y 164.

femenino el verse vivir desde adentro, como si la mirada saliera de un centro situado más allá del corazón, pero entrañable siempre⁶¹.

Por tanto, no siempre, ni necesariamente, el personaje resulta de la falsificación que al absolutizar el sueño se hace de la propia persona, sino que puede ser consecuencia de la necesidad que determina la realización de una tarea pública, como una “personificación” acorde con el papel que se desempeñe en la sociedad, análoga a la necesidad de la “máscara” para tratar con los demás, que propiamente no oculta sino más bien manifiesta a la persona en un orden que trasciende su propia intimidad. “Personificación”, o “enmascaramiento” provisorio y funcional, que no es equiparable a la “representación”, propia del personaje. Aunque se podría incurrir en esa actitud si esos condicionamientos transitorios se asumieran como si se tratara de rasgos personales permanentes.

Pero si al representar su personaje, el hombre acabara identificándose con él, la personificación sustituiría a la persona y ésta, convertida en personaje, perdería su libertad. Por el contrario, el hombre se recupera a sí mismo como persona cuando es capaz de rescatarse de su personaje “social”, que lo presenta públicamente en una función determinada pero que no le da su propia identidad. Así su libertad se va consolidando en tanto que las representaciones ocasionales no acaban fagocitando su persona⁶².

Habiendo hecho referencia al sentido positivo que tanto la máscara como el personaje pueden tener en las reflexiones de María Zambrano, se trata de saber si le es dado a la persona vivir sin máscara alguna. Es decir, si del mismo modo que el hombre en su cuerpo “se atrevió a [...] irse vistiendo simplemente de hombre; semejante a nadie, ni a nada”⁶³, con una vestimenta que no fuera el ropaje estipulado en razón del papel que en la sociedad representaba y que en cierto modo asfixiaba su propia persona, también puede llegar a una cierta

61 ZAMBRANO, María, “Eloísa o la existencia de la mujer”..., p. 52.

62 Para exponer en toda su amplitud el pensamiento de Zambrano, hay que señalar que existe en sus escritos una significación más de “personaje”. Cuando en su juventud defendía activamente la República, en un artículo sobre la novela de Galdós titulado con el mismo nombre, “Misericordia” –recogido en su libro *Los intelectuales en el drama de España* y, posteriormente, también en *La España de Galdós*–, incitaba a un cambio inmediato de la situación de su país, porque de lo contrario todos quedarán convertidos en “personaje de novela”, al no encontrar las circunstancias adecuadas para vivir la propia vida de acuerdo con las convicciones personales. Este enfoque no se vuelve a dar. Con la experiencia del fracaso, del exilio, el pensamiento de Zambrano se orienta a asumir el propio destino, por trágico que pueda parecer debido a la adversidad de la situación histórica. La propuesta de sus escritos posteriores ya no es un cambio, aunque nunca descarte la acción. Pero el énfasis está puesto fundamentalmente en la acción que sobre sí misma debe realizar la persona más que sobre la que pueda ejercer sobre las circunstancias externas. Como si la auténtica trascendencia de la actividad personal fuera esencialmente resultado de la calidad de la propia persona, de la libertad que en su vida hubiera conseguido amando la necesidad, más que de su oportunidad y acierto en relación a las oportunidades que exteriormente se le presentan.

Esta evolución también se puede constatar confrontando lo expuesto con su temprano artículo publicado en *Cruz y Raya* como reseña de las obras de Ortega editadas en conjunto, ya citado, en el que establecía una distinción entre el héroe y el hombre común, y señalaba para aquel la necesidad de unas circunstancias favorables como requisito de su singular destino.

63 ZAMBRANO, María, *Persona y democracia...*, p. 113.

“desnudez”, a una transparencia, donde se manifieste su persona sin unos atributos que no le son propios –así como el atuendo típico de la función que como “personaje” social debió usar, y del que pudo prescindir, no es suyo propiamente en tanto que su identidad la tiene por el hecho de ser persona.

La transparencia que sólo otorga el sacrificio

Sin desdecirse de lo anterior, aun confirmándolo, María Zambrano llega a formular –en un texto del significativo prólogo a *La tumba de Antígona*, que se citará más adelante– el modo por el que la persona no sólo puede llegar a rescatarse de sus máscaras, sino que hasta es capaz de prescindir de ellas. Esto se le otorga al hombre sólo en el momento del sacrificio, en el que consigue la transparencia, esa desaparición de la sombra “que no puede reducir enteramente ni enteramente absorber en su vigilia”⁶⁴ y que todo sujeto proyecta, como consecuencia de “la no lograda unidad de su ser”⁶⁵.

La transparencia a la que está llamada la persona tiene una importancia decisiva en el pensamiento de María Zambrano. En un opúsculo, “El freudismo”, editado en La Habana en 1940, que diez años después recogió en *Hacia un saber sobre el alma*, sobre el que volvió al final de su vida para corregir antes de volver a publicarlo, establece dos razones que fundamentan esa insistencia suya en la necesidad que tiene la persona de “clarificarse”, de conseguir que “la verdad enamore su vida”:

*Allí donde empieza la vida, empieza también la astucia, la simulación y la máscara. La naturaleza física no se envuelve en nada; no se viste, aparece desnuda. [...] En cambio, todo lo que está vivo, se esconde. Y lo humano mucho más que todo. La primera condición de lo psíquico humano sería la tendencia a encubrirse. [...] Tenemos también que considerar otra característica: la expresión. Todo lo psíquico se expresa de algún modo. Parece que se trate de algo escondido, recluso, que tiene necesidad de mostrarse para que alguien lo perciba, alguien semejante. [...] Es verdaderamente un enigma*⁶⁶.

Es frecuente en los escritos de Zambrano que se planteen las cuestiones desde unos principios aparentemente contradictorios, irreconciliables. Por un lado, esa innata capacidad de disimulo que el hombre tiene y espontáneamente ejerce cuando se esconde; por otro, la necesidad de ser visto. No deja de advertir Zambrano que “todo lo profundo necesita una máscara”, con cita de Nietzsche que figura como epígrafe de “La destrucción de las formas”, último capítulo de *La agonía de Europa*. Pero tampoco se le escapa a la autora –y lo desarrolla pormenorizadamente en el estudio citado– que, precisamente por la necesidad

64 ZAMBRANO, María, *Los sueños y el tiempo*, Siruela, Madrid, 1992, p. 9.

65 ZAMBRANO, María, *El sueño creador...*, p. 28.

66 ZAMBRANO, María, “El freudismo”, *Philosophica Malacitana*, Málaga, IV, 1991, pp.18 y 19.

que tiene el hombre de expresarse como tal, cuando las formas en las que se llegó a reflejar su “humano pasar” –es decir, sus pasiones, en su lenguaje metafórico– comienzan a destruirse, son sustituidas por la máscara, que así resulta un signo alarmante. Porque ya no se trata de la máscara que originariamente el hombre comenzó usando para comunicarse con lo que lo rodeaba, por considerar que todo era sagrado, como una protección que le permitía tratar con esa fuerza superior sin ser devorado por ella –otra interpretación de la autora inspirada en la fenomenología de la religión. Ahora se trata de la máscara a la que echa mano por haber quedado desprovisto de rostro. Por haber perdido, destruido, esas formas en las que se manifestaba esencialmente como hombre, que no iban en detrimento de su polifacética humanidad⁶⁷.

Pérdida del rostro que no es sino el resultado del intento del hombre de descender en su interioridad más allá de donde correspondía; quizá esté operando en el pensamiento de Zambrano la noción trágica de *hybris*. Poseído por un afán desmesurado de conocerse, olvidando que para eso necesita mirarse desde una instancia superior a sí mismo, la criatura humana llega a identificarse con los elementos que la componen, pero que así separados sólo aparecen como el resultado de una descomposición en la que su humanidad está ausente. Perdido el hombre, se borra su rostro y queda sustituido por una máscara. Máscara que no lo revela, que no le posibilita una cierta identificación y el trato con lo extraño, como al comienzo, sino que lo oculta, que lo sustituye ocupando el lugar de un hueco, porque ya no hay persona. Hasta aquí lo que Zambrano detecta en lo que considera “la destrucción de las formas” en el arte. Como si en ese ámbito privilegiado para la manifestación de lo humano, la tentativa de verse prescindiendo de la instancia desde la que podría reconocerse como don – como alguien que no se ha dado el ser a sí mismo, y que por haberlo recibido ve facilitada su identificación–, llevara al hombre a desintegrarse en una elementalidad donde se disuelve su consistencia como persona.

Lo expuesto se presenta como un desafío: es necesario intentar una explicación que justifique esa insistencia de Zambrano sobre la necesidad de la transparencia a pesar de la ineludible y connatural máscara. ¿Hasta qué punto se puede armonizar esa máscara inevitable con esa transparencia que le exige al hombre vivir como persona?

Podría conjeturarse que así como en el arte, cuando se destruyen las formas, la máscara sustituye al hombre, del mismo modo esa máscara necesaria para que se manifieste lo más profundo que es el yo de cada uno, y que es imprescindible como “medio” para hacerse presente, puede acabar asfixiando a la persona. Y esto no es un peligro remoto sino un riesgo que acompaña de continuo al hombre, y en el que con demasiada frecuencia cae, con nefastas consecuencias. De ahí esa preocupación de la autora por incitar a la transparencia,

67 Aunque Zambrano se refiera con estas reflexiones de un modo directo al arte, y más especialmente a la pintura, su diagnóstico es aplicable a toda la vida del hombre, de la que el arte es un fiel reflejo.

como si esa aspiración –aunque imposible de lograr de un modo definitivo– liberara al hombre de quedar “enmascarado”, anulado como persona en su propia vida, aun haciéndose cargo de que una sombra última se resistirá a la luz –de lo contrario el hombre dejaría de ser un misterio, en primer lugar para sí mismo. Por eso sostiene Zambrano:

En la vida común la persona, en el mejor de los casos, llega a hacer esa su máscara un tanto transparente y al par animada, pues que no hay que olvidar que de luz de vida estamos tratando. Mas en la vida de una persona humana, por dada que sea a la luz, hay siempre una oscuridad y en ella algo que se esconde; la persona resiste a la luz en los mejores casos tanto como la busca. Sólo por el sacrificio se deshace esta resistencia –sacrificio no visible en muchos casos y en otros cumplido en instante violenta y visiblemente, mas incubado desde un principio–.

Y así, la persona nunca está del todo presente ni para su propia conciencia y a veces para ella menos aún que para la de ajenos ojos. La presencia íntegra la logra sólo el desposeído de ese núcleo de oscuridad reacio a hacerse visible. El desposeído que es también el desenajenado.⁶⁸

Desposesión y desenajenamiento, poco frecuentes, que se logran en el momento del sacrificio, pero teniendo en cuenta que si bien la vida del hombre tiene para Zambrano esa dimensión sacrificial auténtica e ininterrumpida, que le permite vivir desde su persona sin subordinarse ni subordinar a nadie a su personaje, no es un permanente sacrificio en acto. Y por esta razón, en la vida de una persona es detectable esa oscuridad y ese “algo” que se esconde. De ahí que la persona nunca pueda “disponer” de esa transparencia; no se ha dado su propio ser, su destino, a sí misma. Pero ese afán, aunque imposible de lograr de un modo pleno, la “dispone” a conseguirla. Y, mientras no se renuncie a él, será el permanente acicate íntimo que la impulse al sacrificio.

El afán de transparencia, por tanto, debe ser un estímulo permanente para aceptar el sacrificio que se presenta, porque en él se aúnan la realización del hombre como persona y la máxima transparencia a la que puede aspirar, ya que no le es dado prescindir totalmente de una máscara que resulta imprescindible.

Hay que tener en cuenta, además, que, desde la perspectiva antropológica de Zambrano, la persona posee una tendencia que hace del propio sacrificio algo, en parte, “connatural”, y no una exigencia extrínseca, desestructurante de la propia personalidad. Lo que no implica (aunque suene redundante hay que consignarlo, para no detener ese “vaivén” de ideas que manifiesta la riqueza de matices del pensamiento de la autora) que el sacrificio pierda las aristas sin las cuales dejaría de serlo. Y son, fundamentalmente, todos esos aspectos de la propia persona, valiosos en sí mismos, los que conscientemente se están sacrificando y

68 ZAMBRANO, María, *La tumba de Antígona*, Siglo Veintiuno, México, 1967, p. 26.

que hacen de quien se sacrifica “víctima en trance de desposesión o de desenajenación”, como metafóricamente describe Zambrano a la persona que se sacrifica, en el texto que sigue –continuación del anteriormente citado:

Y poco importa que a quien esto ha llegado le sigan doliendo sus heridas y sienta que se le abre y ensancha esa herida formada por la juntura imposible de su ser y de su no-ser; de lo que ha sido y de lo que podría haber sido, de su posibilidad y de la realidad impuesta. La visión de la vida no vivida atormenta a la víctima en trance de desposesión o de desenajenación. Pues que solamente la libertad, cuando se acerca, hace visible la esclavitud; únicamente cuando la identidad del ser que nació humanamente se aproxima, la enajenación en que vivió se apura, se consume dándose a ver⁶⁹.

De modo que esa transparencia, esa inmediatez, esa desnudez de la máscara, sólo puede darse en el sacrificio mientras no se interrumpa.

Relacionando lo anterior con lo expuesto sobre la necesidad de hacer de la propia vida una ofrenda por el amor, que transforma la necesidad en libertad, podría concluirse que sólo en el amor, que es respecto de sí mismo anonadamiento⁷⁰, la persona prescinde de la máscara y consigue la libertad anhelada, con una enajenación verdadera por la que se revierte su condición de esclava, que comienza con la ignorancia en la que despierta –al tomar conciencia de sí– y continúa como riesgo por la posibilidad de ensoñarse al margen de la propia realidad. Y es que para Zambrano el hombre conquista su libertad por una esclavitud de amor, haciendo de su persona una ofrenda, un sacrificio, tan olvidado en la actualidad –añade, lamentándose, la autora.

En una extensa reflexión sobre la continuidad de la vida en *Persona y democracia*, Zambrano sostiene que para que un ser viviente continúe viviendo, algo de él tiene que morir porque vivir es un cierto renacer: señala así la presencia del sacrificio ya en los niveles elementales de lo biológico. Análogamente, sólo cuando el hombre es capaz de hacer de sí mismo una ofrenda a su propio destino, soñándose en sintonía con él, actualizando “obediencialmente” su sueño, podría decirse, es capaz de rescatar su persona del inherente personaje que implica vivir en sociedad, es decir, de rescatarse de sus máscaras sucesivas. Pero este “renacer”, esta vida, supone morir a todo aquello que no sea constitutivo de la propia persona, que desdiga de la propia identidad.

Este rescatarse, por tanto, va reduciendo la sombra que encuentra el hombre en sí mismo y que, de algún modo, no deja de proyectar sobre los demás. Así consigue una progresiva transparencia que se traduce en el rostro, cuya expresividad es para Zambrano sinónimo de autenticidad, de libertad, en contraposición al hermetismo de la máscara. Expresividad propia del ser humano

69 ZAMBRANO, María, *La tumba de Antígona...*, p. 26.

70 Es corriente en los escritos de Zambrano la referencia al místico –en quien se realiza el anonadamiento de un modo consumado– como prototipo del hombre enamorado: cfr. ZAMBRANO, María, *Los bienaventurados*, 2ª. ed., Siruela, Madrid, 1991.

que Zambrano denomina “bueno”, tomando distancia del calificativo “moral”, que se podría interpretar como algo sobrepuesto a la propia conducta por no haber nacido desde la propia intimidad personal. De ahí que “buenos” sean, en la antropología de la autora, aquellos que por el sacrificio rescataron su persona de la máscara, y que, por eso mismo, con su vida abrieron un camino en el curso de la humanidad.

Sólo desde el amor que, al aceptar el propio destino, transforma en libertad su dimensión “trágica”, dándole así un *ethos* a la exigencia de soñarse; sólo desde la ofrenda de la propia persona al sacrificio, ofreciendo un “espejo viviente” a los semejantes, es posible llegar a esa transparencia a la que se refiere Zambrano. Metafóricamente alude a ese anhelo humano, el más profundo, con la expresión “conocer el propio nombre”. Conocimiento del nombre propio que, como en sordina, acompaña todas las reflexiones de la autora; y que sólo se les revela a aquellos que apuraron su destino “ahondándose sin ensimismamiento”⁷¹.

Conclusión

A cien años del nacimiento de María Zambrano, sus reflexiones, confrontadas con la realidad que diariamente vivimos, también en el orden internacional, no resultan una cita obligada con ocasión de un aniversario importante. Su pensamiento, de sesgo fuertemente utópico –en el sentido de que plantea cuestiones que no tienen una solución determinada ni inmediata–, tiene una innegable vigencia. Por el rigor del diagnóstico, y por la valentía de sus conclusiones que, como se puede comprobar en sus textos, no parten de una imagen idealizada de la condición humana, ni de una “ensoñación” de lo que podrían ser la historia y la sociedad al margen de la exigencia que el hombre tiene de conquistar su estatuto de persona. Exigencia máxima en la que se concreta el *ethos* de vivir humanamente.

No escapó a su consideración de pensadora, al final de su vida, que la propuesta lanzada en su madurez desde *Persona y democracia* estaba muy lejos de ser una realidad. Por esta razón resulta más notable y estimulante su apertura a la esperanza cuando, casi cuarenta años más tarde, redacta el prólogo a la segunda edición de ese libro, que subtitula *La historia sacrificial*. Y no como un recurso “desesperado”, sino en coherencia con un pensamiento como el suyo que, opuesto frontalmente al racionalismo, no obtura el horizonte desde la racionalización de las situaciones que parecen tener una vigencia incommovible. Un discurrir en el que las reflexiones obran a modo de “método” que posibilita abrirse a la posible novedad que habría que acoger como si fuera un don.

Para concluir este trabajo, que intenta ser un homenaje a esta pensadora, unas palabras suyas de ese prólogo, a modo de final abierto. La visión de Zambrano es sombría, como si ese desafío de ser persona que al hombre se le presenta –entre el destino y el sueño– aún no hubiera empezado. Pero en medio de las sombras, no falta un rayo de luz, porque, fiel a una constante en su vida

71 ZAMBRANO, María, *Claros del bosque*, 4ª. ed., Seix Barral, Barcelona, 1993, p. 93.

personal, nunca se niega a sumergirse hasta el final en la tragedia, pero para rescatar de ella la esperanza:

[...] hoy se extiende como una llanura donde ni nostalgia ni esperanza pueden aparecer. Algo se ha ido para siempre, ahora es cuestión de volver a nacer, de que nazca de nuevo el hombre de Occidente en una luz pura reveladora que disipe como en un amanecer glorioso, sin nombre, lo que se ha perdido. Hay que esperar, sí, o más bien, no hay que desesperar de que esto pueda suceder en este planeta tan chiquito, en un espacio que se mide por años luz, que se repita el "fiat lux", una fe que atraviese una de las noches más oscuras del mundo que conocemos, que vaya más allá, que el espíritu creador aparezca inverosímilmente a su modo porque sí. Es lo único que honestamente puede enunciar quien esto escribe. [...] como un testimonio, uno más, de lo que ha podido ser la historia, de lo que pudo ser, un signo de dolor porque no haya sucedido que no desvanece la gloria del ser vivo de la acción creadora de la vida, aun así, en este pequeño planeta. De que un triunfo glorioso de la Vida en este pequeño lugar se dé nuevamente⁷².

72 ZAMBRANO, María, *Persona y democracia...*, p. 12.